

parábola del profeta, mediante la cual significó todas estas cosas: *Hablóme el Señor diciendo: Hijo del hombre, propón un enigma, y cuenta una parábola a la casa de Israel. Diles, pues: así habla el Señor Dios: Una grande águila, de grandes alas y de miembros muy extendidos, poblada de plumas de varios colores, vino al Líbano y se llevó lo mejor del cedro* (Ezq. 17,1-3). Aquí llamó águila al rey de los Babilonios: dijo que era grande y de grandes alas y de miembros muy extendidos y poblada de plumas de varios colores, por la muchedumbre del ejército y la grandeza del poder y la rapidez de las incursiones; pues así como las águilas tienen por armas las alas y las uñas, así los reyes tienen soldados y caballos. Pues esta águila *vino al Líbano* (Ib. 17,3). ¿Qué quiere decir *Habet ductum intrandi in Libanum*? El consejo y la resolución; mas a la Judea llamó Líbano, porque está situada cerca de aquel monte. A continuación, queriendo decir los juramentos y los pactos, añade: *Y tomó de la semilla de aquella tierra, y sembróla en un campo para que echase sus raíces, junto a una grande abundancia de agua; sembróla en la superficie. Y cuando hubo brotado, creció e hizo una cepa muy lozana, pero de poca elevación, cuyos vástagos se dirigían hacia aquella águila, y debajo de cuya sombra estaban sus raíces* (Ib. 17,5-6). Mas a la ciudad de Jerusalén llamó aquí cepa; y diciendo que los vástagos se dirigían hacia la misma águila y cuyas raíces estaban a su sombra significó los pactos y alianza con él formados y que ella misma se dejó en los brazos de aquél. Luego, queriendo ostentar la iniquidad, dice: *Y vino otra águila grande, habla del rey de Egipto, de grandes alas y de muchas plumas; y he aquí que aquella parra como que volvió sus raíces, y extendió sus sarmientos hacia ella, para ser regada con sus fecundos canales...* *Les dirás, pues: Así habla el Señor Dios: ¿Qué acaso prosperará?*, es decir: la que no cumpliese los juramentos y los pactos, *¿No arrancará sus raíces la primera águila y no destruirá sus frutos?* (Ezq. 17,7-9). Luego, para demostrar que no sería así, pero sí absolutamente que por causa del juramento había de perecer, habló de la pena misma y pone la causa: *y hará secar todos sus sarmientos que había arrojado, de suerte que quede un tronco seco* (Ib. v. 9). Y queriendo manifestar que no sería destruida por fuerzas humanas, sino porque se había hecho a Dios enemigo por aquellos juramentos, añadió: *Y eso sin necesidad de gran poder ni de mucha gente para arrancarla de cuajo* (Ib. v. 9). Y esto es la parábola en así; pero luego la declara diciendo así: *Mirad, el rey de Babilonia vino a Jerusalén* (v. 16). Después,

habiendo interpuesto varias cosas, mienta los juramentos y los pactos: *E hizo alianza con él* (v. 13). De seguida habla de rebelión: *Pero el nuevo rey, apartándose de lo pactado, envió mensajeros a Egipto para que le ayudara con su caballería y muchísima tropa* (v. 15). Y después de esto, para demostrar que todo el daño había acaecido por el juramento, infiere: *Yo juro, dice el Señor Dios, que en el país del rey que le había puesto sobre el trono, y cuyo juramento quebrantó, violando el pacto que con él había hecho; allí en medio de Babilonia morirá. Y Faraón con su grande ejército y su mucha gente no peleará contra el enemigo, cuando éste levantará terraplenes, y formará trincheras para matar mucha gente. Por causa del juramento que él despreció y de la alianza que violó, le castigaré en su propia persona. Y extenderé mi red barredera sobre él* (IB. 17,16-20).

¿Observas cómo no una, ni dos, sino muchas veces, dice que aquél padeció todo esto por causa del juramento? Que Dios es implacable en habiendo sido despreciados los juramentos. Pero no se debe entender que los males inferidos a la ciudad por causa del juramento sean sólo por venganza (de haberlo despreciado), sino también por la tardanza y dilación; ¡cuánto cuidado tiene Dios para que los juramentos no sean conculcados! Pues dice: *Pero el noveno año del reinado de Sedecías, el mes décimo, a los diez días del mes, vino el mismo Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército sobre Jerusalén, y la puso sitio, y levantó trincheras alrededor de ella. Con lo que la ciudad quedó cerrada y circunvalada hasta el año undécimo del reinado de Sedecías, y día nueve del [mes cuarto]; y fue creciendo el hambre en la ciudad, de modo que faltó el pan [o alimento] a la gente del pueblo. Al cabo quedó abierta una brecha en la ciudad* (4 REG 25, 1-). Pues podía, desde luego, entregarlos el primer día y hacerlos súbditos de los enemigos; permitió empero que fuesen deshechos entretanto por espacio de tres años y que estuviesen oprimidos por estrechísimo cerco con el fin de que castigados por fuera con el temor de los soldados, y por dentro con el hambre que alcanzaba a la población, obligasen al rey, aunque contra voluntad, a someterse a los bárbaros y a poner al pecado el remedio.

Que sea esto así verdad, y no conjetura mía, puedes oír lo que por el profeta le dice al mismo: *Si te sales [de Jerusalén] y te pones en las manos de los príncipes [o generales] del rey de Babilonia, salvarás tu vida, y esta ciudad no será entregada a las llamas y te pondrás en salvo tú y tu familia. Pero si no vas a encontrar a los príncipes de*

Babilonia, será entregada la ciudad en poder de los Caldeos, los cuales la abrasarán, y tú no escaparás de sus manos. Y dijo el rey Sedecías a Jeremías: Téname de aquellos Judíos que se han desertado a los Caldeos, no sea que éstos me entreguen en sus manos, y me insulten [y maltraten]. Pero Jeremías le respondió: No te abandonarán en sus manos. Ruégote que escuches las palabras del Señor, que yo te hablo, y te irá bien, y salvarás tu vida. Que si no quisieres salir, he aquí lo que me ha revelado el Señor: Sábete que todas las mujeres que han quedado en el palacio del rey de Judá serán conducidas para los príncipes del rey de Babilonia, y estas mismas te dirán [entonces]: ¡Oh, cómo te han engañado y prevalecido para el daño tuyo los que te lisonjeaban con la paz!; dirigieron tus pasos a un resbaladero, y te han metido en un atolladero, y en seguida te han abandonado. Y todas tus mujeres y tus hijos serán llevados a los Caldeos, y tú no escaparás de sus manos, sino que caerás prisionero del rey de Babilonia, el cual incendiará esta ciudad (JER. 38-17-23).

Mas ya que no le persuadió diciendo esto, y permaneció en el pecado e iniquidad, Dios, después de tres años, entregó la ciudad, demostrando tanto su clemencia, cuanto el ánimo ingrato de aquél. Y habiendo entrado con gran facilidad, abrasaron el templo y el palacio real y las casas de Jerusalén, y el general de los ejércitos encendió toda casa grande y derribó las murallas de Jerusalén, y el fuego se corría por todas partes, siendo el juramento el que dirigía el fuego y llevaba las llamas a diversas partes y a los restos del pueblo que habían quedado en la ciudad, y los desertores que se habían refugiado a él, los trasladó el general de los ejércitos (4 REG. 25). *Mas los Caldeos, haciendo trozos las columnas de bronce que había en el Templo del Señor, las basas y el mar de bronce colocado en la Casa del Señor, trasladaron todo este metal a Babilonia. Asimismo, se llevaron las ollas de cobre, y las jarras, y los tridentes, y las copas, y los morterillos, y todas las vasijas de cobre que usaban en el ministerio. Llevo también el general del ejército los incensarios y las ampollas, tanto los vasos de oro como los de plata, juntamente con las dos columnas, el mar [o la concha], y las bases que había hecho Salomón para el Templo del Señor... Además se llevó el general del ejército a Saraías, primer sacerdote, y a Sofonías, segundo sacerdote, y a tres porteros, y también a un eunuco de la ciudad, bajo cuya inspección estaba la gente de guerra, y a cinco señores del servicio doméstico del rey, hallados en la ciudad; y a Sofere, inspector del*

ejército, que amaestraba a los soldados bisoños del país, y a sesenta varones del pueblo que se hallaron en la ciudad, todos los cuales condujo consigo Nabuzardan, general del ejército, a Reblata, a presencia del rey de Babilonia, el cual en [la misma] Reblata, territorio de Emat, les hizo quitar la vida (4 REG. 25,13-21).

Por tanto, acuérdate de la hoz que vuela y que se posa sobre la casa del que jura, y que destruye las maderas y las piedras; recuerda cómo este juramento, entrando que fue en la ciudad la destruyó, y las casas, y el Templo, y las murallas y convirtió en ruinas la ciudad, porque el juramento había sido violado.

Y efectivamente la ciudad era consumida miserablemente, mas el rey padecía cosas más tristes y miserables que éstas; y como la hoz volante aquella destruyó los edificios, así también alcanzó al rey que iba huyendo. Pues dice: *Huyó el rey Sedecías por el camino que va a las llanuras del Desierto (huyó de noche por el camino de la puerta, que está entre los dos muros, junto al jardín del rey, mientras los Caldeos estrechaban el cerco de la ciudad). Mas el ejército de los Caldeos fue persiguiéndole, y le alcanzó en la llanura de Jericó, y todos los soldados que le acompañaban fueron dispersados, y lo abandonaron. Hecho prisionero el rey, le condujeron a Reblata al rey de Babilonia, el cual pronunció sentencia contra él. E hizo matar a los hijos de Sedecías a la presencia de éste, y después sacarle los ojos, y atado con cadenas lo llevó consigo a Babilonia (4 REG. 25,4-7).* ¿Qué significa “el cual pronunció sentencia contra él”? –Pidíole cuentas, llámolo a cuentas, y primero degolló los hijos, para que presenciase la propia calamidad, y después que vio aquella tragedia lastimosa, entonces le arrancó los ojos.

Y ¿para qué se hace esto también? –Para enseñanza de los Babilonios bárbaros y de los Judíos que allí habitaban, para que los que ven, aprendan del cegado, cuán grande mal sea un juramento; y no sólo aquéllos, sino que también todos los habitantes cercanos al camino, al verle atado y ciego, conozcan el peso del pecado por la magnitud de la calamidad. Por eso otro de los profetas dice así: *le llevaré a Babilonia, a la tierra de los Caldeos; mas él no la verá (Ezq. 12,13); y otro: y será conducido por él a Babilonia (JER. 32,5).* Y cierto que las profecías parecen contradecirse; pero no es así: ambas cosas son verdad, pues no vio a Babilonia y fue conducido a Babilonia. Pues ¿cómo no vio a Babilonia? Porque en la Judea le fueron sacados los ojos. Porque allí donde el juramento fue quebrantado, allí mismo fue ven-

gado, y él mismo recibió la venganza. Y ¿cómo fue conducido a Babilonia? Hecho cautivo. Porque como eran dos las penas, la ceguera y el cautiverio, los profetas las distribuyeron; y el uno dice: “No verá a Babilonia”, expresando la ceguera del mismo; y el otro dice: “será conducido a Babilonia”, significando el cautiverio.

4. EXHORTACIÓN MORAL. Sabiendo, pues, estas cosas, mis hermanos, y recogiendo lo dicho ahora y recordando lo antedicho, cesemos ya de esta necia costumbre: os lo ruego y suplico a todos vosotros. Porque si antiguamente, cuando de los Judíos no se exigía una disciplina perfecta, antes bien había mucha indulgencia, por causa de un solo juramento hubo tanta ira, tanta ruina, tanto cautiverio: ¿qué será congruente que padezcan ahora los que juran, después de la ley que prohíbe hacerlo y de tanto aumento de lo mandado? Pues ¿acaso es esto lo que se busca, que acudamos a la sinaxa, reunión de fieles, y oigamos lo que se dice? En verdad esto es, ya motivo de juicio más grande, ya de pena inevitable, porque oyendo perpetuamente, no cumplimos lo que se dice. Pues ¿qué defensa tendremos, ni qué perdón, cuando desde la infancia hasta la senectud, acudiendo aquí y gozando de tantas enseñanzas, permanecemos a aquellos semejantes y no cuidamos de corregir un defecto? En adelante que nadie me alegue la costumbre: que por esto me indigno e irrito, porque no podemos vencer la costumbre. Y si no vencemos la costumbre, ¿cómo vencemos la concupiscencia, cuya raíz tiene principio en la naturaleza? El tener concupiscencia es natural, pero el desear malamente es cosa de la voluntad. Mas el jurar ni aun en la voluntad tuvo origen, sino tan sólo en la negligencia.

MARAVILLOSAS ARTES DE LOS CHARLATANES DE CIRCO. Y para que te des cuenta de que, no de la dificultad de la cosa, sino tan solamente de nuestra negligencia, ha procedido este pecado, pensemos que los hombres hacen cosas más difíciles que éstas, y sin esperar de ellas retribución alguna; pensemos las cosas que el diablo ha mandado, cuán trabajosas, cuán graves, y la dificultad no fue impedimento a sus mandatos. Porque pregunto yo: ¿Qué hay más difícil que, cuando un joven cualquiera que se entrega a los que desean ablandarle y torcer sus miembros, se empeña con asiduidad en doblar todo el cuerpo, como si fuera una rueda, y permanecer en el suelo, y por los ojos, y por el movimiento de las manos y por otras contorsiones pone empeño en aparentar que es del femíneo género, y no piensa ni en la dificultad de los actos ni en la ignominia de ellos resultante?, o bien

los que son arrastrados al circo y que usan de los miembros del cuerpo a manera de alas, ¿quién viéndolo no se admirara?, y los que alternativamente lanzan al aire espadas, y cogiéndolas otra vez todas con las manos, ¿a quién no confundirán de los que no quieren tomar trabajo alguno por la virtud?, o ¿qué se dirá de esos hombres, que llevando en la frente una pértiga, llévanla tan fija como un árbol arraigado en tierra? Lo admirable no es esto sólo, sino que hacen que unos niños pequeñuelos puestos en la punta de la vara entre sí luchen, y ni las manos ni otra parte del cuerpo, y sólo la frente más fuertemente que toda cuerda lleva aquella pértiga inmóvil. Otro, a su vez, anda sobre una cuerda delgadísima con tanta seguridad como quienes recorren campos llanos. Con todo, estas cosas que parecen imposibles aun de pensamiento, hanse hecho posible por el arte. Y yo pregunto: ¿En los juramentos, qué hay de estas cosas que podamos pretextar? ¿Cuál dificultad? ¿Cuál sudor? ¿Cuál arte? ¿Cuál peligro? Tan sólo un exiguo cuidado nos es preciso, y en breve nos habría quedado todo expedito.

Y no me digas: ya he dejado al corriente la parte mayor, sino que tú piensas que si no lo has cumplido todo, aún no has hecho cosas, pues eso poco despreciado es lo que ha destruido todo lo restante. Porque muchas veces los hombres que edifican las casas, y que las techan, no cuidando de quitar una teja rota, echaron a perder toda la obra. Y lo mismo puede cualquiera ver que sucede en los vestidos; porque un pequeño rasguño hecho en ellos y no cosido, hízose un rasgón grande. Y lo mismo sucede con los torrentes, muchas veces; porque también ellos, como tengan algún boquete de entrada, dan paso a todo el caudal.

Así es que tú también, aunque te hayas pertrechado por todas partes, no obstante si alguna parte ha quedado desguarnecida, tápasela también al diablo para que estés firmado por todas partes.

¿Has visto la hoz? ¿Has visto la cabeza de Juan? ¿Has oído la historia de Saúl? ¿Has oído el modo de la cautividad judaica? Pero con todas estas cosas has oído la sentencia de Cristo, que dice que no sólo el perjurar, sino que también el jurar de cualquier modo es diabólico y toda una maquinación del maligno (Mt. 5,33-34), ¿has oído que en todas partes a los juramentos siguen los perjuros? Digo, pues, que reuniendo todo esto, lo escribas en tu corazón. ¿No ves cómo las mujeres y los niños pequeños por gran defensa cuelgan del cuello los evangelios, y los llevan doquiera van? Tú escribe en el alma los

mandamientos y leyes del Evangelio: aquí no hay necesidad de oro ni de plata ni de dinero, ni hay que comprar el libro, sólo necesitas voluntad y afecto del alma expurgada, y tendrás el Evangelio más seguro, no llevándolo exteriormente, sino guardándolo en el fondo del alma. Levantándote, pues, del lecho y saliendo para tu casa, repite esta ley, a saber: *Yo os digo más, que de ningún modo juréis* (Mt. 5,34), y esta sentencia será para ti enseñanza idónea; pero que además no exige mucho trabajo, sino mediana atención.

Y que es así verdad, está clarísimo por esto. Llamando a tu hijo, aterrorízale y amenázale que le castigarás si no cumple esta ley, y verás cómo al momento desistirá de esta costumbre. Pues ¿cómo no será absurdo, si los niños pequeños, temerosos de nosotros, cumplen el mandamiento, y que nosotros ni siquiera temamos a Dios, como ellos nos temen a nosotros? Pues lo que arriba dije, repito ahora. Impongámonos a nosotros mismos la ley de no tratar los negocios tanto públicos como privados hasta que cumplamos esta ley, y empujados por la necesidad, fácilmente venceremos, y nos adornaremos a nosotros y a la vez engalanaremos toda la ciudad. Porque piensa en lo que significa que por toda la tierra se oiga esto: en Antioquía ha prevalecido la costumbre propia de los Cristianos, y allí no oírás que nadie, por más apurado que se vea, diga un juramento. Ciertamente oirán esto las ciudades vecinas; no digo bien, no sólo a las ciudades vecinas, sino que a los mismos confines de la tierra llegará esta palabra: porque es natural que los mercaderes, que están entremezclados con vosotros y que parten de aquí a otros lados, han de anunciar también a otros todo esto. Así pues, como muchos para enaltecer las ciudades recuerdan los puertos y plazas y mercados abundantes, a los que de aquí parten dadles para contar que en Antioquía hay lo que no se puede encontrar en ningunas otras ciudades, porque los habitantes de aquella ciudad preferirían que se les corte la lengua antes que su boca diga un juramento. Esto será para vosotros un honor y una defensa, y no esto sólo, sino que os proporcionará una recompensa grande: porque todos os han de emular e imitar. Y si quien ganare a uno o dos recibirá de Dios tanto premio, al enseñar a todo el mundo, ¿cuántos premios recabareís?

Hay, pues, que cuidar y vigilar y ser sobrios, sabedores de que no sólo por los propios adelantos, sino también por los ajenos, recibireis la máxima retribución de los merecimientos y conseguireis delante de Dios mucha benevolencia. La cual conseguida para siempre por todos

nosotros séanos dado el gozar del reino de los cielos en Jesucristo nuestro Señor, al cual corresponde la gloria y el imperio con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XX

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XX.

1. El aproximarse el fin del ayuno sea motivo de mayor diligencia en practicar virtudes.—Purifiquemos las conciencias para participar con fruto en la Pascua.—No hay excusa para quien no se enmienda de los pecados.—La debilidad corporal, ¿de qué preceptos nos excusa de observarlos?—No hay pretexto para estar enemistados, rencorosos y para no reconciliarse pronto: lo manda la ley de Dios y lo recordó Jesucristo.—La enemistad es un pecado continuo.—Piensa en las ofensas que tú has hecho contra Dios, y no obstante perdona y disimula tus pecados,—los ocultos,—

2. los públicos.—Las conversaciones están prohibidas en las asambleas eclesiásticas.—Perdona a tu prójimo.—Así se te perdonan tus pecados.—Quien no refrena la ira vive en tormento.

3. Tormento del enemistado en esta vida y en la otra.—La pena humana vence a la ira.—Las penas eternas le persuadirán a perdonar,—a buscar la reconciliación,—a adelantarte a ofrecerla,—a pedirla con insistencia.—Dios no perdona, si no perdonamos.

4. Nadie debe tomarse la venganza por sí mismo.—El que te ofendió tiene dueño, y éste hará justicia, pero tú no eres quien debe tomarla.—No eches imprecaciones en contra de los enemigos.—No alegues que se harán más atrevidos y peores si te adelantas a reconciliarte y si ruegas por ellos.—Dios cuida de castigar provechosamente a los pecadores, aunque les perdonemos nosotros.—Historia de María, la hermana de Moisés.—Otra excusa: pensará que lo hago por miedo.—Me ha inferido tales injurias.

5. Quien esté enemistado, no se acerque a la sagrada mesa.—Ve primero a reconciliarte con tu hermano.—Un solo enemigo tengamos, el diablo.—No se ponga el sol sobre nuestra ira.—Camino de nuestra reconciliación con Dios.

6. Merced prometida a quienes perdonan.—Quien no perdona, la desprecia.—Manera de reconciliarse.—Tú mismo eres el juez de reconciliación.—El siervo que debía cien escudos de oro.—Cuán grande es el premio de la reconciliación.—Los hombres perdonan parte, Dios perdona todo a quien perdona de corazón.—Insiste tú.

7. Yo nada tengo que ver con él, ningún mal le deseo.—Dios manda más que esto.—Lo que haces para comprar un siervo, hazlo para recuperar a un hermano.—Esto hace a Dios propicio.

9. No vayas poco a poco, no lo dejes para mañana.—Castigaré a quien no se haya enmendado,—para que se enmiende y participe de la Pascua.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Fue pronunciada diez días antes de Pascua, en el viernes de la dominica de Pasión, según se desprende de lo que dice en el n.º 9: “han pasado ya cuarenta días.” Faltaban diez días para la Pascua de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

2.^a Expone que para la comunión de Pascua se requiere el ayuno, pero no es suficiente; debe acompañar la virtud del alma.

3.^a Cómo es posible deponer la memoria de las ofensas.—Dios tiene muy en cuenta la ley del perdón de las injurias.

4.^a El rencor atormenta a las almas ya antes del infierno.

5.^a Se han de evitar los juramentos.

6.^a Amenaza a los nos corregidos todavía.

* * *

1. Camina ya de prisa el tiempo hacia el fin del ayuno; por tanto, nosotros también dediquemos nuestro trabajo para la virtud con mayor empeño, pues que así como a los corredores que han corrido muchos estadios, no les corresponde ninguna ventaja, si no obtienen el premio, así ningún provecho tendremos de los muchos trabajos y sudores empleados en el ayuno, si no podemos disfrutar de la sagrada mesa con pura conciencia. Pues por esto se han recibido el ayuno, y la cuaresma, y las sinaxas de tantos días, y las audiciones, y las preces, y las doctrinas, para que limpiados por este esmero los crímenes que durante este año se nos han adherido de alguna manera, participemos con espiritual confianza de aquel incruento sacrificio. Porque si esto no logramos, temeraria, vana e inútilmente hemos tolerado tantos trabajos. Piense, pues, cada uno en sus adentros qué defecto ha corregido, qué virtud ha adquirido, qué pecado ha depuesto, qué mancha ha lavado, en qué se ha hecho mejor de algún modo; porque si encontrar que estas hermosas mercancías han sido aumentadas por el ayuno, y está cierto que a las heridas ha dado muchísima curación, acérquese. Pero si negligente sólo puede aquí ostentar el ayuno, y no puede probar que en algunas otras cosas se haya enmendado, quédese fuera, y entonces entre, cuando se haya purgado de todos los pecados. (Nadie tenga confianza en el ayuno solo, quien ha estado apegado a los pecados sin enmendarse.) Bien puede quien no haya ayunado conseguir perdón habiendo alegado como excusa la debilidad corporal, pero el que no haya corregido sus delitos es imposible que presente tal excusa.

LA DEBILIDAD CORPORAL ¿DE QUÉ PRECEPTOS NOS EXCUSA DE OBSERVARLOS? No has ayunado por razón de la flaqueza del cuerpo; pero dime: ¿por qué no te has reconciliado con tus enemigos? ¿Es que para esto tiene que pretextar la enfermedad del cuerpo? Además, si guardas odio y envidia, ¿qué excusa puedes alegar? En manera alguna

es lícito en tales delitos refugiarse en la flaqueza del cuerpo. Y esto es la obra de la humanidad de Cristo, que los preceptos principales y que contienen toda nuestra vida en nada estén perjudicados por la enfermedad corporal. Además, porque necesitamos igualmente de todas las sagradas leyes, y en primer término de aquella que prohíbe las enemistades y la perpetuidad de los rencores, y al contrario manda reconciliarse al momento, vamos a disputar desde luego ahora de este mandamiento.

Pues como al fornicario y blasfemo es imposible que se le haga peticionero de la sagrada mesa, lo mismo también al que fomenta enemistades, o es pertinaz en la ira; éste no puede gozar de la santa comunión, y esto no sin motivo. Porque el que ha fornicado o ha cometido adulterio, tan luego como se satisfizo, puso fin al pecado; y si arrepintiéndose quisiera levantarse y diere señales de grande penitencia, alcanzará alguna consolación; mas el que es pertinaz en la envidia, diariamente hace el pecado y nunca lo acaba. Allí a la vez que el crimen se completó el pecado; aquí cada día se intenta el mismo crimen: ¿pues qué perdón esperaremos los que nos hemos rendido a tal monstruo? ¿Cómo pedirás que Dios se te muestre manso y afable, siendo tú tan severo e inexorable para con tu consiervo? Demos que te haya contumeliado: sea así. ¿Acaso tú no contumelias muchas veces a Dios? Pero ¿qué paridad pones entre el señor y el siervo? Ahora bien: éste a las veces, contumeliosamente tratado, respondió quizá con contumelias, y estuvo exasperado; tú al señor tratas contumeliosamente, no ciertamente en algo por él perjudicado, antes alcanzado a diario de perpetuos beneficios.

Piensa, pues, que si quisiera Dios en contra tuya pesquisar cuidadosamente lo que has cometido contra él, ni tan siquiera un día viviríamos. Pues dice: *Si te pones a examinar, Señor, nuestras maldades: ¿quién podrá subsistir, oh Señor?* (Ps 129,3). Y omitiendo todos los otros pecados conocidos solamente por la conciencia del pecador, y que fuera de Dios por ningún otro testigo teme, si de éstos, que son claros y públicos, pidiéramos cuenta, qué indulgencia, pregunto yo, podríamos esperar, si para oírnos pesase nuestra inercia y negligencia en las prees, puesto que estando en su presencia e invocándole, no damos muestras de tanto respeto y reverencia cuanto los siervos ante los señores, los soldados ante los jefes, o los amigos a los amigos?, porque cuando hablas con un amigo, lo haces con atención; mas cuando tratas de tus pecados, y pides la condonación, y ruegas se te perdo-

nen, en el mismo momento te emperezas, y puestas en tierra las rodillas, permites a tu pensamiento divagar por la plaza muchas veces, otras muchas por las casas, mientras que tu boca temeraria e inútilmente está gárrula hablando; y esto nos sucede no una ni dos veces, sino con frecuencia, pues si esto tan sólo quiere Dios pesar, ¿crees tú que obtendremos perdón? ¿Acaso podremos hacer prevalecer algo que nos purgue? Tengo para mí que esto no es posible.

2. Y ¿qué decir, si presentase en público los ultrajes con que unos a otros herimos, y los juicios impertinentes con que al prójimo condenamos, y esto sin ninguna otra causa que el ser nosotros maldicientes; ¿qué podremos aducir en defensa nuestra, pregunto yo? Además, si examina nuestras miradas curiosas y las malas concupiscencias del ánimo, al instante imbuidas de torpes e inmundos pensamientos, mientras dejamos vagar los ojos por todas partes sin observación ninguna, ¿qué pena sufriremos? Y si se nos pide cuenta de nuestros ultrajes (pues dice: *Quien le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno* (Mt. 5,22), ¿podremos acaso ni abrir la boca ni despegarla y responder ni mucho ni poco? Pues qué, si se examinan nuestras vanaglorias de las oraciones, o ayunos, o limosnas, no por Dios, sino por nosotros mismos que hemos pecado: ¿Nos atreveremos ni a mirar al cielo? Y si además se forma juicio de los dolos que unos tramamos contra otros, unas veces alabando al hermano presente, y trabando conversación con él como con un amigo, otras recriminándole en ausencia: ¿Es que seremos iguales en el castigo de este modo? Y ¿qué diré de los juramentos, mentiras, perjurios, injusta ira, venganza, envidia con que muchas veces envidiamos a personas conspicuas, y no tan sólo a las enemigas, sino hasta a las amigas? ¿Qué de que nos alegremos y deleitemos de los males ajenos y pensamos que la desgracia de otros es un consuelo de nuestro infortunio?

LAS CONVERSACIONES ESTÁN PROHIBIDAS EN LAS ASAMBLEAS ECLESIASTICAS. Y si se nos pide razón de nuestra pereza en la sagrada colecta, ¿qué padeceremos? Porque vosotros no ignoráis que, mientras Dios mismo habla con todos nosotros por medio del profeta, sostenemos muchas y largas conversaciones con los vecinos y próximos, y de cosas que en nada nos atañen. Si pues, dejadas aparte las otras cosas, se pide para este delito un suplicio igualado, ¿qué otra cosa habrá para que se espere salvación?

No estimes que éste es un crimen pequeño: pues que si deseas mirar despacio su magnitud, hay que mirarlo en los asuntos humanos.

Atrévete, cuando el pretor te dirige la palabra, y hasta un amigo algo más acomodado que tú, dejándole a él, a ponerte de conversación con uno de los siervos, y verás entonces a qué gran crimen te atreves cuando haces esto mismo con Dios. Y si ningún hombre de honor despreciaría esta especie de contumelia, Dios, no obstante, molestado diariamente con las mismas y mayores injurias, y no por uno, dos o tres solamente, sino casi por todos nosotros, persevera en su mansedumbre y tolerancia, y la conserva no tan sólo con respecto a éstos, sino también con relación a otros más graves. Pues éstos son delitos confesados y manifiestos, que poco más o menos todos señalan; pero hay también otros de los que cada pecador es consciente en su alma. Y si revolvemos mentalmente todos éstos, aunque seamos cruelesísimos y atrocísimos, si consideramos la muchedumbre de nuestros pecados, a causa del miedo y ansiedad ni siquiera tendrá ocasión de acordarse de las ofensas recibidas. Acuérdate del río de fuego, del gusano venenoso, del juicio horrendo, en el que todo quedará patente al descuberto: piensa que lo que ahora está escondido, entonces saldrá todo a la luz. Mas si perdonares al prójimo los pecados, esas cosas que entonces se han de tapar, ya serán abolidas en este siglo y saldrás no arrastrando contigo tus pecados, en tanto que recibirás mucho más que has dado. Muchas veces delinquimos de este modo en muchas cosas de las que nadie es sabedor: después, cuando pensamos que en aquel día se expondrán públicamente a la vista de todos en el concurso universal del orbe los pecados nuestros, juzgamos eso por más triste que el suplicio mismo, acreciendo y remordiéndonos la conciencia. Tanta vergüenza, tantos pecados, tan grandes castigos pueden pagarse por medio del perdón de la ofensa: pues nada hay que sea igual a esta virtud. ¿Quieres conocer su eficacia? Dice: *Aun cuando Moisés y Samuel se me pusiesen delante, no se doblaría mi alma a favor de este pueblo* (JER. 15,1). Con todo a los que no pudieron Moisés y Samuel librar de la ira de Dios, pudo librarlos la observancia de este mandamiento; y por lo tanto, a los que dijo estas cosas, mandó con asiduidad diciendo: *Nadie piense mal en su corazón contra el prójimo*, que la VERSIÓN ALEJANDRINA pone así: “Cada uno que no se acuerde en su corazón de la malicia de su hermano” (ZAC. 7,10): *y ninguno machine en su corazón injusticia contra su prójimo*. V. A.: “De los maleficios del prójimo cada cual no se piense” (ZAC. 8,17). No dijo simplemente PERDONA, sino para que ni en la mente lo retenegas, para que no pienses, ABANDONA TODA IRA, SAJA LA ÚLCERA: porque

mientras imaginas la venganza, a ti el primero te atormentas, lo mismo que si te hubieses puesto a la ira por verdugo, que tú te desgarras tus entrañas.

QUIEN NO REFRENA LA IRA VIVE EN TORMENTO. Porque ¿hay algo más miserable que un hombre continuamente airado. Así como los furiosos nunca gozan de tranquilidad; así quien está enemistado con otro y le tiene enemiga jamás disfruta de paz alguna, requemándose perpetuamente, agrava la tempestad de los pensamientos por días, pesa y pondera las palabras y las acciones, y hasta se contraría del nombre de quien hizo la injuria. Con sólo oírlo nombrar, se enfurece de repente con gran tormento de su ánimo, y tiembla y se horroriza a la sola vista de él, lo mismo que si estuviera en agonía, y si ve algo que le pertenezca, el vestido, la casa, la calle, está atormentado con la vista de ello; y así como las cosas de nuestros predilectos y queridos, vestidos, presencia, calzados, casa, y hasta la calle, tan luego como son vistos, suelen alegrarnos; así también de los hombres enemigos y odiados un siervo, un amigo, la casa, la esquina de la calle, que se presente a la vista, o cualquier otra cosa, corroe las almas y unos a otros acumula los golpes tan pronto como ha sido visto.

3. Pues ¿para qué se necesita de tal cerco del alma, de tantos tormentos y de tal suplicio? Porque no había de amenazar el infierno a los atormentados de odio, y al menos por el tormento del odio mismo habrían de condonarse los pecados de los prójimos; pero estando reservados suplicios eternos, ¿qué habrá más insensato que el castigarse aquí y allí, cuando cree uno que toma venganza del otro? Ya si le vemos que prospera, morimos de tristeza; y si afligido, tememos que por un acaso no cambie a mejor la suerte: la pena de ambas culpas, que no se puede quitar con súplicas, se nos ha impuesto. Dice la Escritura: “No te alegres de la caída de tu enemigo, ni se regocije tu corazón en su ruina” (PROV. 24,17).

No me alegues la mole de las injurias recibidas: porque no es eso lo que en ti causa la pertinencia en la ira, sino el que te acuerdas poco de tus pecados y el que no tienes ante los ojos el infierno o el temor de Dios. Mas para que aprendas que esto es verdad, tomaré los documentos de lo sucedido en esta ciudad.

Porque cuando los reos de aquellos crímenes eran llevados al tribunal, y dentro se encendía la llama, estando alrededor los verdugos que desgarraban los costados, si alguien allí presente hubiese hablado a ellos desde el lado opuesto de esta manera: Si tenéis enemi-

gos, dejad la enemistad y podremos libraros de ese suplicio, ¿acaso no se habrían echado a los pies de aquél y le hubieran besado?. Aun más, ¿qué digo a los pies? Si se les hubiese propuesto la servidumbre, ni esta condición habrían desdeñado. Ahora bien: si la pena humana, que tiene fin, supera toda ira, mucho mejor el suplicio futuro, si su recuerdo estuviese siempre adueñado de nuestras almas, excluiría del ánimo no sólo las enemistades, sino todos los malos pensamientos. Dime, te pregunto yo: ¿qué es más fácil, perdonar toda ira al hombre que te haya ofendido (o el vengarse de todos modos)? Porque para esto no hay necesidad de largas peregrinaciones, ni gasto de dinero, ni de súplicas a otros; es suficiente que tú quieras solamente, y con esto aquella virtud ha completado su obra. Así pues, ¿qué castigo no mereceremos si, por las penas temporales, ora sufrimos como siervos, ora rebajando la dignidad servimos, gastamos el dinero, confabulamos con los porteros, para adular a hombres malvados, finalmente todo lo decimos y lo hacemos para sacar adelante lo propuesto, y para cumplir la ley divina, al hermano que ofendió, no sólo no sufrimos el rogarle, sino que tenemos como oprobio el ir los primeros a él?

¿Pero es que tienes tú por oprobioso el que seas el primero en reportar el lucro? Antes bien debe servir de vergüenza, si persistes en aquel afecto y esperas hasta que el autor de la injuria acuda a ti para reconciliación: eso es oprobio, eso vicio, eso un gran daño. Porque el que primero viniere, éste anticipa toda la ganancia. Pues que si, rogado de otro, depones la ira, la buena obra se imputa a aquél, ya que no para obedecer a Dios, sino para ser bienquisto del otro, has cumplido la ley; pero si no intercediendo ninguno, ni acudiendo y rogando el que te dañó, tú mismo, desechada toda vergüenza, acudieses al autor de la injuria y disipares tus enojos contra él, totalmente te corresponde aquella obra debida, y tú mismo recibirás toda la recompensa. Si te dijere yo: ayuna, luego me pones delante la debilidad del cuerpo; si dijere: da al pobre, alegas en contra tu escasez y la carga de educar los hijos; si dijere: ocúpate algún tanto en la sagrada sinaxa, opones las obligaciones temporales; si dijere: escucha sermones y profundiza en la fuerza de la doctrina, te excusas con tu impericia; si dijere: cuida de enmendar al otro, me respondes que no obedecerá a tus advertencias: que muchas veces te ha despreciado cuando hablabas. En verdad que son frías todas estas excusas; pero con todo son excusas. Pero si te dijere: depón la ira, ¿cuál de estas causas podrás alegar? No la debilidad del cuerpo, no la pobreza, no la impericia, no las ocupaciones,

con seguridad nada de esto puede oponerse: por tanto, este pecado en manera alguna merece perdón.

DIOS NO NOS PERDONA SI NO PERDONAMOS A LOS OTROS. ¿Cómo podrás extender las manos al cielo, mover la lengua y pedir perdón? Porque si quisiere Dios condonarte los pecados, tú no lo permites, reteniendo el ánimo ofendido en contra de un consiervo. —Pero dices: es cruel, feroz, codicioso de castigo y venganza. —Pues por lo mismo, perdona los pecados. Has soportado muchas injurias, de muchas cosas has sido despojado, con frecuencia has oído insultos, has sido perjudicado en cosas muy importantes, y por tanto deseas el castigo del enemigo. Pues bien, para esto mismo te es útil el condonar las ofensas. Porque si tú mismo te aplicas a vengarte y por ti tomas venganza, ya sea de palabra, ya de obra, ya con imprecaciones, Dios mismo desiste de tomar venganza, ya que tú cuidas solícito de la vindicta de ti mismo; más aún, no sólo no proseguirá el castigo de las injurias que te fueron inferidas, es que de ti exigirá un castigo, por haber sido injuriosamente tratado.

4. Porque si entre los hombres sucede esto, que azotado por nosotros un siervo ajeno, su dueño se indigna, y dice que esto es una injuria; lo mismo que, si somos maltratados con injurias por siervos o por personas libres, hay que esperar la sentencia de los jueces y dueños; si pues en las cosas humanas nadie se toma con seguridad la venganza por sí mismo, ¿cuánto más habrá de observarse eso en aquellas en que es Dios mismo el vengador establecido?

Pero es que te ha injuriado y dañado el prójimo y te ha causado males sin cuento: pues tú guárdate de intentar castigo de tu parte, para que no trates a tu Señor contumeliosamente; deja esto a Dios; El administrará su asunto mucho mejor que tú deseas.

NO SE HAN DE ECHAR IMPRECACIONES EN CONTRA DE LOS ENEMIGOS. A ti sólo se te ha mandado que hagas preces en favor del que te ofendió; mas lo que haya de determinar acerca de él, ha mandado que esté reservado para sí. Jamás tendrías tú tales vindictas cuales en provecho tuyo ha establecido El, si tú le confías tu derecho y no echas imprecaciones contra el enemigo, sino que le dejes a El árbitro del juicio: porque bien sea que perdonemos las injurias, bien que nos reconciliemos, bien que hagamos oración por nuestros enemigos, como éstos no se hayan convertido y mudado a mejores, Dios mismos no los perdonará; pero no los perdonará cuidando del provecho de ellos. A ti, empero, alaba y abraza tu manera de proceder; mas a él castiga,

para que por tus obras no se vuelva él peor. Por lo cual es necia aquella sentencia del vulgo: es que muchos a quienes amonestamos sobre reconciliación, cuando no les gustaba obedecer, dieron ésta por excusa, la que no fue otra cosa que un pretexto de su malicia; y dicen que no quieren reconciliarse, para no hacer peor al enemigo, para no experimentar después que se haya hecho más acerbo y despectivo.

Además añaden también que, en opinión del vulgo, se cree que el acudir los primeros a la reconciliación y aplacamiento del enemigo es por cobardía. Todo esto es infundado, vano; porque aquel ojo que no se cierra nunca, ve tu alma, y por consiguiente no debemos cuidarnos de las hablillas de los consiervos, si persuades al juez que ha de juzgar tu causa. Mas si tienes el cuidado de que no se haga él peor con tu bondad, quiero que sepas que no se hará él peor por esto, antes se emperrará en ser peor si no le aplacas: porque aun cuando sea el más malvado de los mortales, aunque nada diga ni en público muestra, no obstante en sus adentros aprobará tus maneras de obrar y en su conciencia respetará tu mansedumbre. Mas si permaneciere en su malidad, y no se ablandare con tus manifestaciones de blandura, recibirá de Dios el mayor castigo. Mas para que aprendáis que aunque roguemos nosotros a Dios no les perdona los pecados, si por nuestra tolerancia se hacen peores, os recordaré una antigua historia.

María murmuró de Moisés. ¿Qué hizo Dios entonces? La hizo leprosa e inmundada (legalmente), aunque por lo demás era buena y limpia, casta; después, rogando Moisés, que es quien había recibido la ofensa, para que le fuese perdonado el crimen, Dios no quiso, y ¿qué dijo? *Si su padre le hubiere escupido en la cara, ¿acaso no debiera siete días por lo menos estar sonrojada? Que esté preparada siete días fuera del campamento* (NÚM. 12,14). Y esto es lo que dice: si hubiese tenido padre y éste la hubiese retirado de su presencia, ¿no toleraría ella esta reprensión? —Yo ciertamente alabo tu piedad de hermano, tu mansedumbre y afabilidad, pero yo conozco cuándo convenga librarla de esta pena.

Por tanto, también tú manifiesta para con tu hermano toda humanidad, y no perdones las ofensas con deseo de venganza mayor, sino por caridad y con ánimo benigno. Para ti ten por cierto esto, que cuanto más haya despreciado tus industrias para aplacarle, tanto mayor pena se amontona. Tú ¿qué dices? ¿Qué se hace peor al tratarlo? Eso en él es un crimen, mas para ti es un encomio, que viendo que se haría tal, con todo no te abstuviste de tratarle para cumplir la voluntad

divina: es crimen suyo, porque a pesar de tu bondad en nada se ha vuelto mejor que antes. Mas dice Pablo que es mucho más deseable que otros sean inculpadados a causa de nosotros, que no nosotros a causa de los otros.

Y no me digas estas frías palabras: He de temer que se va a pensar que el haber acudido a su encuentro ha sido motivado por el miedo, y luego se permitirá mayores altanerías. Cosas son éstas propias de un ánimo pueril y cobarde, y que se espanta de lo que piensen los hombres. Demos que piense que por miedo has acudido a su encuentro: que así tu recompensa ha de ser mayor, porque conociendo esto, no obstante pasas por todo a causa del temor de Dios. Empero, quien a caza de la fama humana ha hecho la reconciliación, pierde la ganancia de ser remunerado; pero quien tiene del todo conocido que muchos ora se burlarán, ora vituperarán, y no obstante ni así se retira de la reconciliación, tendrá duplicada y triplicada corona. Y éste es principalmente el que lo hizo por Dios.

No me digas que te ha inferido estas y aquellas injurias: porque aunque cuanto malo hay entre los hombres hubiera él aprovechado en contra de ti, también en este caso mandó Dios perdonar las ofensas.

5. QUIEN ESTÉ ENEMISTADO NO SE ACERQUE A LA SAGRADA MESA. Lo predico, lo atestiguo, y con alta voz exclamo: nadie que tenga enemigo (esté enemistado), se presente al sagrado convite ni reciba el Cuerpo de Cristo; ninguno que se acerque tenga enemistad. ¿Estás enemistado? No te acerques. ¿Quieres acercarte? Reconcílate y después toma el sacramento. Mas no, no yo, sino antes bien el Señor, que fue crucificado en provecho nuestro, dice esto; para reconciliarte con el Padre, no rehusó ni el ser sacrificado, o derramar la sangre; y tú para reconciliarte con un siervo, ¿ni una palabra quieres soltar, o ser el primero en acercarte? Escucha lo que de tales dice el Señor: *Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti* (Mt. 5,23), no dijo: espera hasta que él venga a ti, o hasta que tengas algún buen componedor, o le envíes algún rogador; sino dijo: tú mismo ve a su encuentro: *Ve primero a reconciliarte con tu hermano* (Ib. 5,24). ¡Oh cosa increíble! No toma él por ignominioso que se deje el don a El destinado, y tú tienes por contumelia si eres primero en acudir a la reconciliación. Dime, te lo pido, ¿qué perdón hay para estas cosas? Si ves un miembro cortado, ¿no es verdad que haces cuanto puedes para pegarlo al cuerpo? Haz lo mismo entre tus hermanos: cuando los vieres cortada

su amistad, separados por enemistad, date prisa a abrazarlos, no esperes a que ellos vengan a ti, date prisa para ser primero y recibir el premio, la brabeja.

UN SOLO ENEMIGO TENGAMOS, EL DIABLO. Un solo enemigo se nos ha mandado tener, el diablo; con él nunca te pongas a razones, mas para con el hermano jamás estés malquisto, pero si se hubiese presentado alguna ofensilla, que no dure más de un día, y que no exceda el tiempo de un día. *No sea que se os ponga el sol estando todavía airados* (EPH. 4,26). Si antes del anochecer depones la cólera estomagada, tendrás algún perdón de Dios; pero si tu bilis dura más tiempo, esta enemiga no tiene origen en la ira e indignación que de repente te invade, sino en la malicia y en el alma perversa y medianera de crímenes. No es sólo lo grave que te despojas del perdón, sino que te haces más difícil el ejercicio de esta manera de virtud: porque en un día que pasa, el vicio se hace grandecito, en el segundo aumenta; pero como vea la luz del tercero y cuarto día, se sumará la del quinto. Después los cinco hácense diez, y los diez, veinte; los veinte, ciento, y en adelante, la herida es incurable: y cuanto más tiempo se añade, tantos más intervalos nos separan.

Guárdate, oh hombre, de estos irracionales afectos, ni te avergüences ni te sonrojes, ni hables de este modo: Un poco hace que hemos reñido, diciéndonos mil perrerías y ultrajes: ¿Y voy al instante a irle al encuentro para reconciliarnos? ¿Quién no vituperará mi ligereza? —Ninguno que sea cuerdo condenará tu condescendencia, pero como permanezcas implacable, entonces sí que todos se te reirán, entonces sí que das ancha entrada al diablo: pues no sólo por razón del tiempo se hará la reconciliación más difícil, sino también por las cosas que van saliendo entre tanto. *Porque la caridad cubre muchedumbre de pecados* (1 PET. 4,8); pero así también la enemistad convierte en delitos aquellas cosas que de su natural no lo son, de tal manera que todos los que recriminan, los que se gozan de los males ajenos, y que hacen pasar de un lugar a otro los defectos ajenos, luego encuentran crédito de esta manera.

Conociendo pues esto, ataja al hermano y detenle antes que del todo se vaya, aunque sea preciso que aquel día recorras toda la ciudad, aunque hayas de salir fuera de las murallas, aunque se haya de hacer largo camino; dejando todo cuanto tienes entre manos, cuida de esto sólo, de que te reconcilies con el hermano. Y si es negocio arduo, piensa que por Dios padeces esto, y recibirás completa consolación, y

despierta al alma que rehuye, tiembla y se sonroja, y repítele continuamente así: ¿Por qué te detienes? ¿Por qué le esquivas y lo dejas menospreciado? No se trata de dinero, no de las otras cosas pasajeras sino de nuestra propia salvación. Dios mandó que esto se ha de hacer; pospóngase pues todo a sus mandamientos.

En esto hay una especie de espiritual mercado: no andemos vacilantes y perezosos; entienda el enemigo que hemos puesto mucho empeño en atenernos a la voluntad de Dios; después ya infiera contumelias, ya azote, ya haga algo más acerbo todavía, soportémoslo todo con valentía generosa como que no tanto a él cuanto a nosotros mismos nos hacemos gratos; esto es lo que con preferencia a todas las virtudes se nos recompensará en aquel día.

En muchas cosas hemos delinquido, grandes son las ofensas, y hemos irritado a nuestro Señor; por su humanidad nos ha dado este camino de reconciliación; no dejemos pues abandonado este pulcro tesoro. ¿Acaso no tenía potestad para mandar la reconciliación sin proponer recompensa alguna? Porque nadie hay que le contradiga; no obstante, por su mucha benignidad nos ha prometido una merced, pero grande, pero inefable, y la que más deseamos, a saber: el perdón de nuestros pecados, y además nos facilitó grandemente esta obediencia.

6. Pues, ¿qué perdón tendremos si habiendo de recibir tanto premio, ni aun así obedecemos al legislador, sino que perduramos en ese desprecio? Y que sea desprecio es patente por esto. Si el Emperador hubiera dado una ley para que todos los enemigos se amistasen, o si no que fuesen condenados a muerte, ¿no es seguro que todos se darían prisa a las mutuas reconciliaciones? Yo al menos así pienso. Pues ¿tendremos perdón de Dios si ni siquiera tributamos tanta reverencia al Señor cuanto a nuestros consiervos tributamos? Por esto mismo se nos mandó decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt. 6,12).

MANERA DE RECONCILIARSE. ¿Habrá algo más suave, más humano que el mandamiento? A ti ha hecho juez en la condonación de tus crímenes; si perdonas pocos, pocos se te perdonan; si muchos perdonas, se te perdonan muchos; si de corazón y sinceramente perdonas, del mismo modo te perdona Dios; si además de darle el perdón lo tienes a él por amigo, de idéntica manera te tratará Dios, de modo que cuanto más alguno haya pecado contra ti, tanta mayor razón de que debes darte prisa a la reconciliación, puesto caso que el mismo es

causa de este modo para que a nosotros se nos condonen mayores crímenes. ¿Quieres saber que para nosotros no habrá perdón alguno, si recordamos las iras, y que no hay quien nos libre, si somos así? Manifestaré lo que digo.

El prójimo te dañó, arrebató los bienes, embargó, defraudó; no digo eso sólo, sino también otras cosas mayores que éstas, y añade tú a tu gusto cuanto quieras: ha querido matarte, te ha tendido mil lazos, te ha injuriado de todas maneras, y no ha dejado de intentar absolutamente nada de la malicia humana (despojándote de todo auxilio humano). Pues para no recorrer una a una todas las cosas, supón que te haya ofendido con una injuria tal cual ninguno jamás ofendió a otro. Ni aun así, si conservas rencor, serás digno de perdón. De qué manera suceda esto, yo lo diré.

Si un siervo tuyo te estuviera adeudado en cien monedas o escudos de oro, mas a él otro le debiera unos pocos siclos de plata, y aquél te pidiese con insistencia la condonación de la deuda; si luego tú hubieses mandado a tu siervo que librase de su obligación a su deudor, y que a la vez a él le hacías gracia de su deuda, que es de cien escudos de oro, y éste después, avergonzado y perverso, ahogase a su deudor, ¿quién le libraría de tus garras? ¿No le aplicarías muchos más castigos, como ofendido que estás con una injuria sin igual? Y con mucha razón.

CUAN GRANDE ES EL PREMIO DE LA RECONCILIACIÓN. También Dios hará lo mismo: pues te dirá en aquel día: ¡Siervo malo y más que criminal! No hubieras perdonado de lo tuyo, sino de lo mío, que tú me debías; se te mandó que perdonases la deuda ajena. Pues dice: perdona y te perdono. Ahora bien, si no lo hubiera añadido, debía perdonarse, para obedecer al Señor; mas ahora no he mandado como Señor, sino que como amigo he pedido un favor, y esto de lo mío, y he prometido que condonaría mayores deudas: mas ni así se ha hecho mejor. Los hombres, empero, cuando tal hacen, cuentan por recibido en sus siervos tanto cuanto fue la deuda, por ejemplo: un siervo debió al señor cien escudos de oro, y tenía a su vez otro deudor de diez áureos; si le perdona la deuda, el amo no le perdona cien, sino diez escudos solamente, y los restantes lo exige. Pero Dios no hace eso mismo; mas si condonas al consiervo tuyo lo poco, a ti te condona el total todo. Que ¿cómo consta? Por la misma fórmula deprecatoria, que dice: *Si perdonáis a los hombres las ofensas que cometen contra vosotros; también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros*

pecados (Mt.6,14). Pero la diferencia que hay entre cien denarios y diez millares de talentos, hay también entre aquellos (de los prójimos) y estas deudas (nuestras).

Así, pues, ¿de qué castigo no serías merecedor tú, que recibirás perdón de diez mil talentos por los cien (denarios) y ni aun así perdonas estas pequeñeces, sino que vuelves en contra de ti tus preces? Pues habiendo tú dicho: *Perdónanos... así como nosotros perdonamos* (Mt. 6-12), si tú no perdonas, nada más pides a Dios, sino que te excluya de toda excusa y perdón.

Además, dices, no me atreveré a decir: perdóname, como perdono; ya diré sólo: perdóname. Y entonces ¿qué? Aunque tú mismo no lo digas, Dios sin embargo así lo hace, y de la manera que perdonas, así perdona. Porque lo pone en claro por lo que a renglón seguido deduce: *Pero si vosotros no perdonáis a los hombres; tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados* (Mt. 6,15). No pienses, pues, que es cautela si no pronuncias íntegra la oración, y no hagas la oración a medias, sino así como la instituyó, así rézala, para que la fuerza de las palabras, espantándote diariamente, te obligue a conceder el perdón al prójimo.

Ni me digas: Le he dirigido la palabra, muchas veces he rogado, he suplicado, pero no he podido lograr la reconciliación; no te retires antes de reconciliarte. Pues el Señor no ha dicho: deja este don, y ve a suplicar a tu hermano, sino: *Ve primero a reconciliarte con tu hermano* (Mt. 5,24); por lo cual, aunque hayas empleado muchas súplicas, no desistas hasta que le hayas persuadido.

Está Dios todos los días pidiéndonos con instancia y no le oímos, y no por esto desiste en la instancia, y tú ¿te desdeñas de insistir con el consiervo? Dime, ¿cómo podrás ser salvo? Ahora bien: muchas veces has rogado, y muchas has sido rechazado; pero tanta mayor merced recibirás. Porque cuanto él más contumaz y tú más perseverante en solicitarlo, tanto más acrecienta tu retribución; además, cuanto con mayor dificultad cumple esta obra virtuosa, y más costosamente se instaura la reconciliación, tanto serán para él más duro el juicio, y para ti más espléndidas las coronas de tu tolerancia. Estas son cosas no para ser alabadas solamente, sino para que sean puestas por obra, y no nos retiremos antes que hayamos vuelto a la antigua amistad. Porque no es bastante no dañar, no injuriar en modo alguno al enemigo, y que no tengas malos designios en contra del enemigo; pues es de intentarse que también tenga él benevolencia para con nosotros.

7. Porque oigo a muchos que dicen: Yo en nada estoy enemistado, nada me duele y no tengo nada que ver con él. Pero es que no es lo mandado por Dios el que nada tengas con él, sino al contrario, que tengas muchas cosas con él comunes. Pues por esta causa es hermano tuyo; por esta causa no dijo: Perdona a tu hermano lo que tengas en contra suya, sino: Ve primero y reconcíliate (Mt. 5,24), y si él tiene algo en contra de ti, no dejes lo empezado antes que aquel miembro unido por la concordia convalezca. Pero tú, para comprar un siervo hombre de bien, no sólo cuentas el oro, sino que diriges tus tratos a muchos mercaderes, y a veces emprendes largas peregrinaciones; mas para hacer amigo al enemigo, ¿cómo no haces y lo remueves todo? Respóndeme.

Pero, ¿cómo podrás invocar en las preces a Dios, cuya ley tanto desprecias? La posesión de un siervo despreciable no puede proporcionar grandes emolumentos; mas por el contrario un enemigo hecho amigo no sólo hacemos a Dios propicio y benévolo, sino que fácilmente destruye los pecados, y merece alabanza entre los hombres, y concilia grande seguridad a nuestra vida: porque nada hay más peligroso que el tener aunque sólo sea un enemigo. Pues se mancha la fama de nuestra vida cuando él mil veces nos recrimina delante de todos, y se perturba nuestra mente y conciencia, y sostenemos una continua tempestad con los ánimos.

Conocidas, pues, como tenemos todas estas cosas, librémonos de la pena y suplicio, y la presente festividad (=la Pascua del año 387) respetémosla con todo lo dicho, y lo que mediante su gracia deseamos obtener del Emperador, eso lo concedamos también a los otros. Pues ya oigo a muchas que el Emperador, para honrar la festividad de Pascua, recibirá en su gracia y favor a la ciudad y perdonará todas las ofensas. ¿Cómo pues, pregunto yo, cómo no será inicuo que para alcanzar de otros salvación quieras que se reverencie la festividad de Pascua; pero cuando se nos manda reconciliarnos, en nada cuidamos de estos días y no los honramos de ningún modo? Porque nadie contamina tanto estas reuniones sagradas de Pascua como el que las celebra con odio; más digo, ni puede celebrarlas, aunque no coma en diez días continuos. Donde hay enemistades y odio, allí ni ayuno ni fiesta puede haber. No te atrevas a tocar la víctima sagrada sin haber lavado las manos, aunque te apremien mil motivos; pues no te acerques sin haber lavado el alma; que esto es mucho más grave que aquello, e importa más acerbo suplicio. Pues no hay cosa que tanto llene de

manchas el alma como una ira perfectamente asentada dentro del alma.

Donde hay furor e ira, allí no posa el espíritu de mansedumbre. Ahora bien, al hombre abandonado por el Espíritu Santo ¿qué otra esperanza de salvación le queda? ¿Cuándo estará directamente? Así pues, querido, no te precipites a ti mismo y te despojes del auxilio divino queriendo vengarte del enemigo. Pero sobre todo porque, aunque fuera cosa difícil, la grandeza del suplicio originado de la inobediencia es bastante para despertar hasta al más necio y perezoso y para determinarle a admitir cualquier trabajo; pero ahora la misma oración facilita grandemente este negocio, con tal que queramos.

No descuidemos, por tanto, nuestra propia salvación, sino pongamos manos a la obra y hagamos todas las cosas, para que asistamos a la sagrada mesa sin enemigos. Pues de los mandamientos de Dios nada será difícil si rectamente consideramos; y esto está de manifiesto en los que ya felizmente se han ejercitado en aquéllos. Pues ¿cuántos que eran arrebatados por la costumbre de jurar, y pensaban que apenas podían enmendarse de este vicio, sin embargo, mediante la gracia de Dios, tan pronto como habéis puesto un poco de cuidado, habéis limpiado de la parte mayor de esta malicia? Por lo cual os exhorto a que depongáis lo restante y os presentéis a los demás como maestros. Mas a los que todavía no han conseguido eso, sino que nos pretextan el largo tiempo durante el cual acostumbraron emplear juramentos y dicen que es imposible en poco tiempo arrancar lo que echó raíces durante muchos años, responderé yo: cuando se ha de hacer bien algo, porque está mandado por Dios, entonces no hay necesidad ni de tiempo, ni del número de días, ni de intervalos de años, sino tan sólo del temor y piedad, y quedarán cumplidos todos nuestros deseos, y esto dentro de exíguo tiempo.

8. CONTRA LA MALA COSTUMBRE DE JURAR. Mas para que no penséis que digo esto por temeridad, presentadme un hombre siempre pronto para jurar, y del que vosotros penséis que profiere muchos más juramentos que palabras. Dejádmelo por diez días, y si dentro de estos pocos días no le hubiere quitado la costumbre de jurar, condenadme al último suplicio: y que esas palabras no contengan una jactanciosa baladronada, lo pondré en claro con hechos anteriores.

¿Hubo cosa más sin razón y más necia que los Ninivitas? No obstante, esos bárbaros y necios, que jamás habían oído a un filósofo (moral), a los que nunca se habían dado tales preceptos, habiendo

oído estas palabras del profeta: (*De aquí a cuarenta⁷ días Nínive será destruida.* –JONÁS, 3,4): “De aquí a tres días Nínive será destruida.” En tres días depusieron la mala costumbre (o vida): hizose casto el impuro mujeriego, manso el feroz, modesto y benigno el defraudador y raptor, diligente el perezoso. Y no corrigieron uno, ni dos, ni tres, ni cuatro, sino de vez todos los vicios. ¿Cómo sabemos eso? De las palabras del profeta, pues el mismo acusador de ellos, quien había dicho que el clamor de la maldad de aquéllos había llegado al cielo (JONÁS, 1,2), el mismo, lo diré, testificó de ellos en contrario diciendo: *Viendo Dios las obras [de penitencia] que hacían, y cómo se habían convertido de su mala vida* (JONÁS, 3,10), y no singularizó diciendo: de sus liviandades, del adulterio o del hurto, sino... de su mala vida. Mas ¿cómo se convirtieron? Como Dios lo sabe, no como el hombre piensa.

Ahora bien, ¿no es para avergonzarse que unos bárbaros se desprendan de sus vicios en tres días, y que nosotros no podamos vencer ni siquiera una costumbre mala, nosotros que por tantos días estamos instruidos y enseñados? Aun más, ellos habían sido arrastrados a vicios extremos: pues cuando oyes: *la gravedad de su pecado ha subido hasta lo sumo* (GÉN. 18,20) (*el clamor de sus maldades ha subido hasta mi presencia* (JONÁS, 1,2), no entiendas otra cosa que una maldad inmensa; no obstante, pudieron en tres días transformarse hasta la virtud y perfección. Cuando hay temor de Dios, no son necesarios días ni espacios de tiempo; y al contrario, cuando no hay temor, no brota comodidad alguna de los días. Lo que sucede con los instrumentos y vasijas enmohecidas, que si sólo las lavas con agua, por mucho que estén remojadas, no quedan limpias de toda mancha; pero si las metes en el fuego, en pocos momentos los pones más brillantes que cuando están nuevos; así también el alma envenenada con el pecado, si de ligero se lava y limpia de cualquier manera, y se impone cada día penitencia, nada más conseguirá; pero si se mete y arroja en el horno del temor de Dios, en un momento lavará cuanto tenga vicioso. Así pues, no difiramos esto para el próximo día: *Pues no sabes lo que dará de sí el día siguiente* (PROV. 27,1); ni digamos: Poco a poco,

7. La versión griega llamada de los Setenta Intérpretes dice: “De aquí a tres días Nínive será destruida.” San JuanCrisóstomo argumenta por el número tres en este pasaje.

despacito, venceremos la costumbre mala; porque ese despacito nunca faltará.

Motivo por el cual digamos: si hoy no corrijiéremos la costumbre de jurar, jamás sucederá que nos abstengamos de ella, aunque nos apuren mil negocios, aunque se haya de morir, y sufrir suplicios, se haya de perder todo: no demos potestad al diablo de la pereza ni ocasión de prórroga de días. Si Dios ve encendida tu alma y tu deseo vehemente, El también aplicará su mano para el provecho tuyo.

Ruego y suplico que seamos diligentes, para que no oigamos también nosotros: *Los habitantes de Nínive comparecerán también en el día del juicio contra esta nación* (Lc. 11,32), porque ellos, amonestados una vez, se corrigieron; nosotros, amonestados muchas veces, no nos convertimos: ellos aprovecharon en toda virtud; nosotros ni en una parte nos mejoramos: ellos con las amenazas de la destrucción se espantaron; nosotros ni con la denuncia del infierno nos aterrorizamos; ellos, aun sin tener participación en los profetas; nosotros, disponiendo perpetuamente de la doctrina y de mucha gracia.

Digo esto ahora, no para acusaros de los vuestros, sino de los crímenes ajenos. Porque yo ya sé, y antes también lo he dicho, que la ley de los juramentos hermosa y eficazmente está cumplida por vosotros. Sin embargo, ello no es suficiente para nuestra salvación, de no ser que corrijamos enseñando a otros: puesto que no se libró del castigo aquel que presentó el talento y devolvió íntegro todo el depósito (Mt. 25), porque no había multiplicado el dinero recibido, negociándolo con los cambistas. Por lo que no hemos de mirar sólo si estamos libres de este pecado, sino que no desistamos antes de librar también a los demás. Presente a Dios cada uno a diez amigos que haya corregido, bien sean criados, bien discípulos; y si ni discípulos ni criados tienes, al menos tienes amigos; a éstos enmienda.

Y no me digas: Ya hemos abandonado aquella costumbre de jurar continuamente, caemos rara vez; porque debes dejar, arrojar de ti también esas raras veces. Dime: si hubieses perdido una moneda de oro, ¿no es cierto que acudirías a todos preguntando y dando pasos para encontrarla? Pues haz también esto en los juramentos. Si inopinadamente vieres que uno se ha deslizado en un juramento, gime, llora, como si hubieras perdido todos tus bienes.

Lo digo otra vez y lo he dicho ya antes: Enciérrate dentro de tu casa, comunica esto y ponlo en práctica con la mujer, con los hijos, con los familiares: antes habla así contigo. No pondré manos en asun-

to privado ni público antes de haber enmendado mi vida. Si de este modo enseñareis a vuestros hijos, y ellos a su vez a los suyos, y así continuando hasta la consumación y venida de Cristo se propaga esta doctrina, a los que plantaron las raíces primeras, les atraerá un sólido premio. Si tu hijo hubiera aprendido a decir: CRÉEME, no podrá subir a un teatro, ni entrar en una taberna, o sentarse en una mesa de juego: porque aquella palabra, descansando en sus labios como un freno, aun sin pretenderlo, le decidirá a ser pudoroso y verecundo: y si alguna vez se ve allí, de allí escapará tan pronto como pueda.

—Pero es que los otros se te ríen: —tú deplóralos a tu vez. También muchos hicieron burla de Noé, cuando construía el arca; pero cuando advino el diluvio, fue él quien a su vez se rió de ellos: mejor dicho, aquel varón justo nunca se burló de ellos, sino que los compadeció con lágrimas y gemidos. Por tanto, cuando los vieres que se burlan, tú piensa que los dientes de los que ahora ríen a carcajadas tendrán que sufrir entonces gravísimo llanto y rechinar, y los que se lamenten en aquel día y los que rechinen los dientes recordarán las risas; y tú también te acordarás de esta risa. ¿Cuánto no se burló de Lázaro aquel rico (Epulón)?, pero después, habiéndole visto en el seno de Abrahán, él mismo miserablemente lloró por sí.

9. Acordándote pues de todo esto, impulsa cuanto antes a todos al cumplimiento de este precepto. Y no me digas: Poco a poco lo haré, o lo dejes para el día de mañana: porque ese mañana nunca llegará. Han pasado ya cuarenta días: si también pasare la Pascua sagrada, ya a ninguno daré perdón; no amonestación, sino que emplearé la fuerza de la potestad y la severidad. Pues no es valedera esta excusa. ¿Por qué el ladrón no pretexto la costumbre, y se ve libre del suplicio? ¿Por qué no hacen lo mismo el homicida y el adúltero? Ya pues lo denunció y protesto, si encuentro algunos, haré un escarmiento (no hay duda que lo haré); y si sorprendo algunos que no hayan corregido estos vicios, les impondré castigo, mandaré que estén fuera excluidos de los sagrados misterios, y esto no con ánimo de que permanezcan afuera, sino para que, después que se hayan enmendado, recibidos dentro disfruten con pura conciencia de la mesa sagrada, tomando parte en la comunión. Mas pido que, tanto por los ruegos de quienes presidente, como por los de todos los santos, enmendando éstos y todos los demás vicios, consigamos el reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual al Padre en unidad con el Espíritu Santo, la gloria, el honor, la adoración sea dada, ahora y siempre y por todos los siglos. Amén.

HOMILIA XXI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XXI.

1. Motivos de alabar a Dios.—Lo inesperado ha sucedido.—El diablo intentó destruir la ciudad con los crímenes cometidos.—Dios la ha distinguido y esclarecido con la calamidad.—Salida de Flaviano al Emperador.—El Obispo ha logrado su esplendor.

2. El Emperador ha hermoñado su corona.—Comedimento de Flaviano.—Sufrimientos durante el viaje.—En Constantinopla.—Palabras de Teodosio a Flaviano.

3. Discurso de Flaviano al Emperador por los Antioquenos.—Hermosa respuesta de Constantino.—Humanidad de Teodosio.—Carta a los Prefectos.—Pensamientos magníficos de Flaviano sobre las consecuencias de perdonar a la ciudad.—Gloria sin igual para el Emperador,—para el Cristianismo.—No hay peligro de que las otras ciudades se hagan peores, si ésta no fuere castigada.—Temor en que viven los Antioquenos.—El castigar es cosa fácil, el perdonar un Emperador las injurias es cosa del todo singular y que conquista los corazones de los súbditos.—Vuestro ejemplo será regla para los venideros.—Vengo a Vos delegado de la ciudad y primero de Dios.—Perdonad y seréis perdonado.—Si perdonáis a la ciudad, Dios os perdonará vuestras prevaricaciones.—Yo volveré confiado,—si no la perdonáis, no volveré, me iré a otra ciudad.

4. Suave respuesta del Emperador, quien perdona a los Antioquenos.—Emocionado el Emperador.—Últimas palabras del Emperador.—Oblígale a partir para Antioquía a consolarlos.—Promesa de ir personalmente a la ciudad en prueba del perdón.—Envió emisarios para saber que todo en el viaje iba bien.—El Obispo, a su vez, hizo que llegase a la ciudad la buena nueva antes que pudo llegar su persona.—Lectisternios cívicos y espirituales.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Díjose esta homilía el mismo día de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

2.^a Repite la salida del Obispo San Flaviano para impetrar la reconciliación del Emperador con la ciudad.

3.^a Preséntase al Emperador y oye las palabras de éste. Háblale al corazón eficazmente hasta emocionarle y oír la sentencia de perdón.

4.^a Elogios merecidos de Teodosio por sus cristianos sentimientos, prudentísimas palabras y admirable proceder en este asunto.

* * *

1. Con las palabras con que acostumbraba empezar en el tiempo de peligros al dirigirme a vuestra caridad, con las mismas empezaré hoy también delante de vosotros el sermón y diré con vosotros: Bendito sea Dios, que se ha dignado que celebremos con vosotros esta sagrada solemnidad hoy con gozo y mucha alegría, y que al cuerpo ha restituido la cabeza, y a las ovejas el pastor, a los discípulos el maestro, a los soldados el capitán, a los sacerdotes el pontífice. Bendito sea Dios, que sobradamente hace más que nosotros pedimos o pensamos (EPH. 3,20). Porque a nosotros parecía ser bastante quedar entre tanto libres de los males inminentes, y a esto encaminábamos todas nuestras súplicas; mas el clementísimo Dios, además de superar con dones nuestras peticiones siempre con mucho exceso, también nos ha devuelto al padre mucho antes que esperábamos. Pues ¿quién habría esperado en tan pocos días, que marcharía y que hablaría al Emperador, y que solventaría las cosas adversas, y que de nuevo en tan corto tiempo volvería a nosotros, para que pudiese adelantarse a la sagrada Pascua y celebrarla con nosotros? Mas he aquí que lo inesperado ha sucedido, y hemos recibido al padre, y disfrutamos de mayor placer al recibirlo ahora inesperadamente. Por todo esto, repito, demos gracias a Dios clementísimo y admiremos su poder y benignidad y sabiduría y el cuidado que ha tenido por nuestra ciudad. Porque el diablo intentó destruirla totalmente con los crímenes perpetrados; pero Dios ha distinguido y condecorado con esta calamidad a la ciudad, al sacerdote (obispo) y al Emperador, y a todos los ha tornado más esclarecidos. Es a saber: la ciudad ha conseguido el esplendor, porque envuelta en tal peligro, habiendo prescindido de todos los hombres poderosos, de todos los que abundan en riquezas, de todos cuantos tenían grande influencia ante el Emperador, ha recurrido a la Iglesia y al sacerdote de Dios y con grandísima confianza celestial se ha entregado a la esperanza. Porque después de la peregrinación del padre de todos, muchos que aterrorizaban a los habitantes en la cárcel y que decían: “El Emperador no se amansa, antes más se irrita, y piensa en la destrucción total de la ciudad”, y que divulgaban muchas más cosas, vencidos por nada se han vuelto entonces más tímidos por este rumor; pero al decir nosotros: Estas son falsedades, y obra de fraude diabólica que quiere consternar vuestros ánimos, decían. No tenemos necesidad ninguna de consuelo de palabras: sabemos bien a quién nos hemos acogido desde el principio y a qué esperanza nos hemos asido: hemos fijado nuestra salvación al áncora sagrada, y no la hemos en-

tregado a un hombre, sino a Dios omnipotente. Por esto confiamos también que en absoluto sobrevendrá un feliz término: pues no no es de creer que esta esperanza pueda ser nunca fallida. Esto ¿cuántas coronas, cuántas alabanzas proporcionará a nuestra ciudad? ¿Cuánta benevolencia de parte de Dios se granjeará, hasta en todos los restantes negocios? Pues no es; no, de cualquiera alma vigilar en los asaltos de las tentaciones, y mirar a Dios, y riéndose de todo lo humano, haber anhelado aquel auxilio.

SALIDA DE FLAVIANO AL EMPERADOR. Por tanto, la ciudad ha conseguido de este modo su esplendor; pero a su vez el Obispo no menos que la ciudad. Expuso su vida por todos y siendo muchos los impedimentos, el invierno, la edad, la festividad, y no menos la hermana que estaba en los últimos alientos, se sobrepuso a todos los obstáculos, y no dijo en sus adentros: ¿Qué es esto? Sólo me ha quedado esta hermana, que conmigo lleva el yugo de Cristo, y que por tanto tiempo ha morado conmigo, ahora está en los últimos, ¿y yo, dejándola, marcharé, y no la veré expirar, ni oír las últimas palabras? Mas ella, en verdad, pedía a diario que le cerrase los ojos, y que le compusiera los labios y la cara, y que cuidase de todo lo referente a la sepultura; mas ahora como abandonada y sin tutor, nada de esto conseguirá de su hermano carnal, de quien más lo prefería, sino que dando el alma al expirar no verá al más deseado de todos? ¿Y no será esto muchas veces más penoso que la muerte repetida? Aún más: de haber estado muy lejos ausente, ¿no debía correr, y hacerlo y sufrirlo todo para concederle esta gracia? Y ahora estando cerca, la abandonaré y dejándola partiré? ¿Y cómo soportará los días siguientes? El empero no sólo nada de esto dijo, pero ni lo pensó; sino que prefiriendo el amor de Dios (el temor) a los lazos de consanguinidad, manifestó que conocía bien que así como al capitán de barco prueban las tempestades y al general los peligros, así también al Obispo la prueba de la tentación. Díjose: todos tienen puestos en mí los ojos, los Judíos y los Griegos: pues no defraudemos las esperanzas puestas en mí, ni en tan poco tengamos tan grande naufragio, sino que dejando todas nuestras cosas encomendadas a Dios, demos hasta la vida misma.

Considera tanto la magnanimidad del Pontífice, como también la benignidad de Dios: él ha gozado de todas las cosas que despreció, para que la prontitud tuviera su premio, y disfrutándolo contra lo que era de presumir, consiguiese más grande placer. Eligió el celebrar la festividad en tierra extraña y lejos de los suyos para salvar la ciudad,

y Dios nos lo ha devuelto antes de la Pascua, para que celebre en común con nosotros la solemnidad, y para que tuviera el premio del propósito, y disfrutase de alegría más grande. No temió la inclemencia de la estación y durante todo el tiempo del viaje hubo temperatura de estío; no se preocupó de la edad, y ha recorrido todo este largo camino lo mismo que un joven vigoroso: no se detuvo por la muerte de la hermana ni fue vencido por el afecto de la sangre; y regresado la encuentra que está viva, es decir, ha conseguido todo cuanto despreció.

2. Y ciertamente el Pontífice consiguió así celebridad y esplendor ante Dios y ante los hombres; mas al Emperador este asunto le adornó con la diadema más resplandeciente. Ciertamente lo primero que se ha puesto en claro es que, lo que a nadie más concediera, ha de perdonarlo a los sacerdotes; después, que la gracia la ha concedido con mucha celeridad y que dejó de estar airado. Mas para que aprendáis más claramente ya la magnanimidad del Emperador, ya la sabiduría del sacerdote (obispo), y antes que estas dos cosas la benignidad de Dios, dejadme que os exponga unas pocas cosas de la oración que allí se dijo.

COMEDIMENTO DE FLAVIANO. Mas diré lo que he aprendido de uno que se halló presente dentro; porque el padre nada, ni poco ni mucho, nos ha dicho, sino que, imitando siempre la magnanimidad de Pablo, esconde los méritos propios y a los que preguntan de todas partes qué habrá dicho, y cómo habrá persuadido al Emperador, y cómo habrá excluido toda ira del mismo, repetía estas palabras: En nada hemos contribuido nosotros al éxito, sino que el mismo, y antes de nuestras palabras, remitió toda ira y disipó el furor; y hablando de los sucesos, lo mismo que si fuera otro el ofendido, así recordaba sin ira todo cuanto ha sucedido. Mas lo que por humildad ocultó éste (el obispo), Dios lo ha publicado.

Y ¿cuáles son estas cosas? Tomando el discurso un poco de más arriba os las referiré.

Pues luego que hubo salido de la ciudad, dejando a todos en tanta tristeza, sufría mucho más que los mismos que estaban en las molestias. A saber, primero encontrando en medio del camino a los que de parte del Emperador habían sido enviados para examinar los sucesos y enseñado por ellos con qué fin eran enviados, y los males que invadirían la ciudad, tumultos, perturbaciones, fuga, temor, ansiedad y peligros, pensando todo esto, derramaba lágrimas abundantes, par-

tiéndosele las entrañas; es cosa usada en los padres el dolerse mucho más cuando no pueden estar presentes a los hijos que están malos: lo cual experimentó esto piadosísimo (padre), llorando no sólo los males que nos habían de invadir, sino que, padeciéndolos nosotros, él estuviese lejos; aunque también esto se hizo en pro de nuestra salvación. Porque tan pronto como supo de aquéllos estas cosas, brotaban las fuentes de las lágrimas más ardientes y acudía a Dios con súplicas más insistentes, y orando se pasaba las noches en claro para que socorriese a la ciudad paciente y para que trocase en más humana la voluntad del Emperador. Mas luego que llegó a la gran ciudad de Constantinopla y entró en los regios salones, parose lejos para hablar al Emperador, mudo, llorando, inclinado, encorvado, escondiéndose, lo mismo que si fuera él quien había cometido tantos crímenes. Y esto hacía, queriendo moverle a misericordia antes con el vestido, con el aspecto, con los llantos, y después comenzar nuestra defensa. Porque el único perdón que resta a los que pecan es el callar y no decir ni palabra en defensa de los hechos. Porque él intentaba de veras quitar un sentimiento y poner otro, es decir, quitar la ira, y poner la tristeza, para preparar así la defensa verbal; y así en verdad sucedió. Lo mismo que Moisés cuando subió al monte, una vez caído el pueblo (en idolatría), parose mucho hasta que Dios le provocó diciendo: *Déjame desahogar mi indignación contra ellos, y acabarlos* (Ex. 32,10); lo mismo hizo éste también.

PALABRAS DE TEODOSIO A FLAVIANO. Y así habiéndole visto el Emperador, y que lloraba y estaba encorvado, él mismo se le acercó y con palabras que le dirigió manifestole lo que estaba padeciendo con motivo de las lágrimas del sacerdote (del obispo). Pues no fueron las de quien está indignado ni airado, sino más bien las del que está triste y poseído de dolor: y que esto sea verdad lo sabréis oyendo las mismas palabras. Porque no es que dijo: al cabo, ¿qué es esto? —¿Vienes desempeñando una delegación en favor de hombres malvados y perniciosísimos y que no debieron vivir, tiranos, revoltosos y dignos de cualquier suplicio? Sino que perdonando todo esto, hizo una defensa llena de reverencia y gravedad, y recordaba los beneficios que había conferido con los cuales durante todo el tiempo de su reinado ha favorecido a nuestra ciudad, y a cada uno iba repitiendo: ¿Acaso hube yo de padecer esto en pro de ellos? ¿Cuáles injurias mías reclamaban estas penas? Los que tenían algo pequeño o grande contra mí de acusación, ¿por qué no me injuriaron sólo a mí, sino que ofendieron

también a los difuntos? ¿No era bastante saciar el furor en los vivos? ¿Es que si no trataban contumeliosamente también a los sepultados pensaron que no hacían algo grande? Habríamos de ser malos, como ellos piensan; con todo había que perdonar a los muertos, que ninguna ofensa hicieron: puesto que no podían imputarles también estas cosas. ¿Acaso no he preferido siempre esta ciudad a todas y estimábala por más deseable que la patria; y tenía un deseo continuo de ver aquella ciudad, y en presencia de todos hacía este juramento (promisorio)?

3. DISCURSO DE FLAVIANO AL EMPERADOR POR LOS ANTIOQUENOS. Entonces el Pontífice, sollozando amargamente y soltando más ardorosas lágrimas, no calló más tiempo, pues veía que la defensa del Emperador hacía nuestra culpa más grande; sino que con gravedad y gimiendo profunda y amargamente, dijo: Oh Emperador, confesamos y no podemos negar ese amor que habéis demostrado para con nuestra patria, y por esto sobre todo lloramos, porque los demonios han tenido envidia de la tan amada, y hemos aparecido como ingratos para con el bienhechor, y hemos enojado a quien nos ama sobre todo. Aunque arrases, nunca abrases; aunque mates, aunque hagas cualquier otra cosa, aun no habrás exigido la pena de que somos dignos, porque nosotros por adelantado nos hemos agraviado más miserablemente que con innumerables muertes. Pues, ¿qué puede ser más amargo que, exacerbando injustamente al bienhechor y tan amante, aparecer así y que todo el mundo sepa esto, y que nos condene por los más ingratos?

Si los bárbaros, entrando en nuestra ciudad, hubiesen derribado las murallas, e incendiado las casas, y llevándose cautivos se hubiesen marchado, era menos mal. ¿Y esto por qué? Porque viniendo Vos y dándonos tantas pruebas de benevolencia, quedaba la esperanza de que todos aquellos daños se resolverían, y de que nuevamente volveríamos a la forma de antes, y de que recibiríamos más esclarecida libertad; mas ahora, quitada vuestra benevolencia y roto el vínculo del amor, que para nosotros era de más seguridad que todos los muros, ¿a quién nos acogeremos en adelante? ¿Cómo podremos mirar a otro, habiendo exacerbado a tan suave señor y a padre tan complaciente? Y así cierto que parece que han hecho cosas intolerables, pero han sufrido las más graves de todas, no atreviéndose a mirar a hombre alguno, y no pudiendo ni aun mirar al mismo sol con ojos claros, cerrando la vergüenza por todos lados los ojos y obligando a esconderse: quitada que les ha sido la libertad, ahora están sufriendo más penas que cualesquiera cautivos y pasan por extremada ignominia; y pensando la

magnitud de los males y en cuánta contumelia se han lanzado, ni a respirar se atreven, habiéndose atraído la recriminación de todos los habitantes de la tierra más vehemente por razón de quien fue injuriado.

Mas si Vos queréis, oh Emperador, hay medicina para la herida, y remedio para tantos males. Muchas veces ha sucedido también esto en hombres particulares; grandes e intolerables ofensas se han convertido en materia de grande claridad: como sucedió también en nuestra naturaleza. Pues habiendo Dios hecho al hombre, también lo introdujo en el paraíso, y le hizo digno de mucho honor. El diablo, no soportando tanta prosperidad, le envidió y le derribó de la dignidad que tenía dada. Dios empero no sólo no le abandonó, sino que en lugar del paraíso, abrió el cielo, demostrando con esto mismo la propia benignidad y castigando más al diablo. Haced Vos también lo mismo.

Ahora los demonios han movido todo para apartar de tu benevolencia a la ciudad para Vos la más grata de todas, mas Vos, sabiéndolo ahora, aunque impongáis penas, no nos echéis de la anterior amistad. Mas, si es lícito decir ahora algo inopinadamente, también escribidla ahora la primera entre las predilectas, si queréis vengaros de los demonios que han obrado esto. Porque si destruíis y demoléis, y arrasáis, haréis lo que antes quisieron ellos; pero si deponéis el enojo y confesáis otra vez que la amáis como antes la amábais, les habréis inferido una herida mortal, y les habréis impuesto la extrema venganza, demostrando no tan sólo que nada en absoluto han conseguido mediante las insidias, sino todo lo contrario de lo que querían ha sucedido. Y habrá sido equitativo que hagáis esto y os compadezcáis de la ciudad, a la cual por motivo de vuestra amistad envidiaron los demonios, pues de no haberla Vos amado tan velamente, ni ellos la hubieran acometido con tanta envidia. Y así, aunque es admirable lo que se dice, pero es verdad, que por Vos y por vuestra amistad ha sufrido estas cosas. ¿A cuántos incendios, a cuántas destrucciones no exceden en acerbidad aquellas palabras que en la respuesta decíais? Decís que ahora estáis ofendido por contumelia, y que habéis soportado lo que ninguno de los Emperadores anteriores; mas si queréis, oh humanísimo, oh sapientísimo, oh piadosísimo, lleno de compasión, esta afrenta os pondrá una corona más resplandeciente y más grande que esa diadema. Porque esta diadema es no solamente la señal de vuestro poder, sino además es indicio de quién ha manifestado liberalidad; pero la corona labrada con este acto de humanidad os pertene-

cería a Vos únicamente y será mérito de vuestra filosofía, y no tanto os admirarán todos por esas piedras preciosas, como os alabarán por la victoria reportada y por haber dominado vuestra indignación. ¿Derribaron vuestras estatuas? —Mas podéis erigir otras más preclaras. Porque si a los autores de la injuria perdonáis los crímenes y no les imponéis penas algunas, no es que en la plaza os levantarán una estatua de bronce, ni de oro, ni cuajada con preciosas piedras, sino revestida de la más preciosa sustancia, cual es la humanidad y la misericordia. Cada cual os erigirá tal en su mente, y tendréis tantas estatuas cuantos son los hombres que habitan y habitarán el orbe. Que no sólo nosotros, sino también los que vendrán después de nosotros, y todos los que después de aquéllos oirán estas cosas, y lo mismo que si hubieran sido ellos los bien tratados, así os admirarán y os amarán. Y porque no digo esto para lisonjear, sino porque así será en absoluto (permitidme que) os refiera cierto discurso antiguo, para que recordéis que no fue costumbre que los ejércitos, las armas, los dineros, la multitud de los súbditos y otras cosas a estas parecidas hayan hecho espléndidos a los reyes tanto cuanto su filosofía y mansedumbre de ánimo.

HERMOSA RESPUESTA DE CONSTANTINO. Cuéntase de Constantino el afortunado que, habiendo sido apedreada cierta vez una efigie suya, e instigándole muchos a que tomase venganza de los autores de la contumelia, y diciéndole que esos con las piedras habían herido toda la cara, palpando con la mano la cara y con suave sonrisa dijo: “Pero yo en ninguna parte hallo la herida hecha en la frente, sino que de veras tengo sana la cabeza y cierto también sana la cara toda.” Entonces ellos, avergonzados y confusos, desistieron de este mal consejo: pero este dicho aún lo celebran todos, y no lo ha borrado el tiempo transcurrido ni ha extinguido la memoria de esta (sabia) filosofía. ¿A cuántos trofeos no excede esto en brillo? Levantó él muchas y grandes ciudades y venció a muchos bárbaros (enemigos), pero de nada de eso hacemos memoria; mas este dicho es celebrado hasta el presente día, y nuestros sucesores y los sucesores de ellos todos oirán lo mismo. Y no es de admirar sólo que lo oirán, sino que también lo repetirán entre alabanzas y palabras fastuosas, y los que digan alabarán, y los que oigan las recibirán con agrado, y no hay uno que pueda callar al oírlo, sin que juntamente exclame y alabe al que lo dijo y pida para él, aunque difundo, bienes sin cuento. Pues si por aquel dicho ha obtenido tanta gloria entre los hombres, ¿cuántas coronas habrá alcanzado en la presencia de Dios benignísimo?

HUMANIDAD DE TEODOSIO. Pero, qué necesidad hay de recordar a Constantino y de conmemorar otros ejemplos, cuando hay oportunidad en los méritos propios para exhortaros? Acordaos de antes, cuando al venir la solemnidad esta enviásteis por toda la redondez de las tierras una carta mandando que los detenidos en la cárcel fuesen dimitidos, que se les perdonasen los crímenes, y para demostrarles vuestra humanidad, no bastando eso, decíais en la carga: ¡Ojalá me fuese posible llamar y resucitar a los difuntos y devolverlos a la vida de antes! Acordaos ahora de estas palabras: ahora es el tiempo de los difuntos que han de ser revocados y resucitados y devueltos a la vida de antes. Porque también éstos están ya muertos y antes de que el juicio sea visto está ya la ciudad colocada en las mismas puertas del abismo. Por tanto, sacadla de allí, sin dineros, sin expensas, sin tiempo, sin trabajo alguno. Pues que a Vos basta sólo que habléis, y que revoquéis a la ciudad que ya está en tinieblas. Mandad ahora que en adelante se la llame de vuestra humanidad, y no quedará tan agradecida a quien la levantó desde los cimientos, como a vuestra sentencia; y no sin motivo. Pues él, habiéndole dado principio, retirese; mas vos, hecha grande y aumentada, y destruida después de la mucha tranquilidad, la habéis resucitado. No hubiera sido tanto de admirar si, asaltada de enemigos y asolada por bárbaros, la hubiéseis librado del peligro, como es admirable que ahora la hayáis perdonado, porque aquello con frecuencia lo han hecho muchos reyes, pero esto solamente lo habéis hecho Vos y además el primero y fuera de lo que se esperaba. Y ciertamente no es de admirar aquello, ni está fuera de las esperanzas, puesto que es cosa de cada día presidir a los súbditos; mas que habiendo padecido tantas y tales cosas, depongáis la ira, esto excede a toda la naturaleza del hombre.

Pensad además que ahora se ha de decidir no sólo de aquella ciudad, sino también de vuestra gloria, y más aún, del Cristianismo total. En este momento, tanto los Judíos como los Griegos, y todo el orbe de la tierra y los bárbaros (que también han oído esto) tienen sus ojos puestos en Vos, esperando con expectación, para ver qué sentencia dais de los hechos, es decir, que si la diérais humana y suave, todos alabarán la sentencia, y glorificarán a Dios y comentarán entre sí diciendo: ¡Oh! ¿Veis cuánto es el poder del Cristianismo? Al hombre que no tiene igual en la tierra, señor de todo para deshacerlo y destruirlo, le ha cohibido y refrenado, y le ha enseñado unas maneras filosóficas tales como no las tuviera siendo un hombre particular pri-

vado. Verdaderamente grande es el Dios de los Cristianos, que de hombres hace ángeles, y los presenta superiores a toda necesidad natural.

Porque no temáis por un superfluo temor, ni toleréis a los que dicen que las otras ciudades serán peores y que despreciarán más vuestra autoridad, como ésta no haya sido castigada. Porque si hubiérais sido débil en el castigo, y los que hicieron estas cosas os hubieran vencido por la violencia, y fuese el poder igual, había de sospecharse esto con fundamento; pero si están espantados y casi muertos de miedo y por mediación mía han acudido a vuestras plantas y cada día no prevén más que el abismo, y hacen en común oraciones mirando al cielo, y piden que venga Dios y que nos acompañe a la vez en nuestra legación, y como los que están a los últimos alientos disponen cada cual de sus cosas, ¿cómo no será superfluo este temor? Si se hubiera mandado matarlos, no habrían padecido tanto como están padeciendo ahora, viviendo tantos días en temor y temblor, sin que al caer de la tarde se prometan ver la aurora, y al amanecer el día no confían en llegar a la tarde. Y muchos han caído en las garras de las fieras mientras andan por los desiertos, trasladados a lugares extraviados, y no sólo varones, sino niñitos pequeños, y mujeres nobles y hermosas, escondiéndose durante las noches y los días en grutas y en los barrancos y en los hoyos del desierto. Y un nuevo modo de cautiverio sufre la ciudad; estando en pie los edificios y los muros, padecen cosas más duras que las ciudades incendiadas; sin que ningún bárbaro la ataque, sin que ningún enemigo aparezca, están más miserablemente impresionados que los cautivos, y aun si una hoja se mueve, aterroriza a todos ellos cada día.

Esto lo saben todos, y si la hubieran visto destruida, no hubieran sido castigados tanto como ahora cuando han oído estas calamidades. No penséis, pues, que se han de hacer peores las restantes ciudades. Puesto que si hubieseis destruido otras ciudades, no las hubieseis castigado tanto como ahora los castigáis con la incertidumbre de lo futuro, más dolorosa que todo suplicio. No les prolonguéis más tiempo las calamidades, sino concededles ya que respiren.

Cierto que castigar a los súbditos e imponerles penas de los delitos es cosa del todo fácil y pronta; mas perdonar a los que infirieron una contumelia y conceder perdón a los que han cometido actos indignos de ser perdonados, apenas lo hace uno que otro, máxime siendo el Emperador quien sufrió la ofensa contumeliosa. Así como tam-

bién es fácil someter por miedo a la ciudad; pero el lograr que todos se hagan amadores de Vos, y el persuadirles que se porten benévola-mente en vuestro reino, y que no sólo en común, sino en privado, también se hagan preces en vuestro favor por el imperio esto es difícil, aunque uno gaste sin fin el dinero, y ponga en movimiento ejércitos innúmeros, y haga cuanto quiera; no podrá atraerse fácilmente el cariño de tantos hombres: a Vos, empero, será ahora fácil y de ningún trabajo.

Porque tanto los afectados por los beneficios, como los que oyeron juntamente con aquellos que recibieren los beneficios, estarán afectos a Vos. ¿Cuánto no hubieseis dado, cuánto no hubierais soporado para que en corto tiempo hubierais adquirido todo el orbe y para persuadir a todos los que hoy viven y a los venideros que deseen para Vos todo cuanto para sus hijos desean?

Y si esto de los hombres, pensad qué grande premio recibiréis de Dios, no tan sólo de lo que se hace ahora, sino también de lo que otros harán después de esto. Pues si acontece que alguna vez se repite lo que ahora ha sucedido, y Dios no lo permita, y algunos de los ofendidos quieran revolve-eficazmente de obra contra la contumelia, vuestra benignidad y prudencia filosófica serales de eficaz enseñanza y advertencia: se ruborizarán y avergonzarán, teniendo tal ejemplar, de aparecer inferiores. Así es que seréis el preceptor de todos los posteriores, y les arrebatáis la palma, aunque lleguen a la cumbre de la filosofía. Porque no es lo mismo que uno sea el primero en dar ejemplo de benignidad tanta, y el que otro mirando a otros imite sus hechos. Por lo tanto, quienquiera que después que Vos exhibiere humanidad y toda clase de mansedumbre, recibiréis Vos con ellos la recompensa; pues quien plantó la raíz, ciertamente es autor de los frutos. Por esto, actualmente nadie ciertamente puede compartir con Vos el premio de humanidad, que es merecido solamente por Vos; Vos, empero, podréis compartir por igual el mérito con todos, si es que alguna vez aparezcan tales (imitadores), podréis reportar tanta parte, cuanta en los discípulos el maestro, y si ninguno hubiera tal, todavía os llegarán los encomios y alabanzas de todas las generaciones.

Porque considerad lo que es oír a todos los posteriores que, estando tan gran ciudad sujeta a pena y venganza, llenos todos de pavor y horrorizados los caudillos, prefectos y jueces y no atreviéndose ni a hablar en favor de aquellos desgraciados, acercándose un solo ancía-

no que, sacerdote de Dios, con su aspecto sólo y con sus palabras movió al Emperador a reverencia; lo que a ninguno de sus súbditos concedió, esto concediolo al anciano único por respeto a las leyes de Dios.

Porque también por esto mismo no poco os honró, oh Emperador, la ciudad, habiéndome enviado como delegado ante Vos; pues han proferido de Vos un juicio óptimo y hermosísimo, de que a todos los principados a Vos sujetos anteponéis los sacerdotes de Dios, aunque sean de vil nacimiento. Pero no vengo sólo de parte de ellos, sino antes que de ellos soy enviado del común Señor de los Angeles a decir esto a vuestra mansísima y benignísima alma. Porque si a los hombres perdonáis sus deudas, también el Padre celestial perdonará vuestras caídas (Mt. 6,14).

Acordaos, por tanto, de aquel día en que todos daremos cuenta de nuestros hechos; pensad que aunque haya en Vos algo defectuoso, podréis lavar todas las prevaricaciones por este juicio y sentencia sin trabajo ni sudores. Porque otros legados traen oro y plata y otros dones de esta índole, pero yo he venido ante vuestra potestad imperial con las sagradas leyes, y en vez de dones varios, os presento éstas, y os suplico que imitéis a vuestro Señor, quien sufriendo de nosotros cada día contumelia, no cesa de administrar a todos sus beneficios. Y no dejéis fallidas nuestras esperanzas ni irritéis vuestras promesas: porque también quiero que sepáis esto con los otros, que si queréis reconciliarnos y comunicar a la ciudad vuestra anterior benevolencia y dejar pasar esta justa indignación, volverá con mucha confianza; pero si en vuestra alma despreciáis a la ciudad, no sólo no tornaré a ella ni veré su suelo, sino que también en adelante me negaré totalmente y me inscribiré en otra ciudad. Pues nunca me acaezca estar inscrito en aquella patria, para con la cual Vos, que sois humanísimo, y el más suave de todos los hombres, no queréis aplacaros ni reconciliarnos.

4. SUAVE RESPUESTA DEL EMPERADOR, QUIEN PERDONA A LOS ANTIOQUENOS. Habiendo dicho estas y muchas más cosas, de tal manera se emocionó el Emperador que vino a repetirse lo que antiguamente sucedió a José. Pues así como entonces viendo él a sus hermanos quería en verdad llorar, pero disimulaba el dolor para no declarar la simulación; así también el Emperador lagrimaba seguramente en el alma, pero no lo demostraba por causa de todos los que estaban presentes. No obstante, no pudo ocultar hasta el fin el ardor, sino que contra la voluntad era vencido. Después de este discurso ya no hubo

necesidad de secundar las palabras, sino que habló una sola palabra, que le enalteció mucho más que la diadema. Y ¿cuál es ésta? Dijo: “¿Y qué tiene de admirable y digno si Nos a los que nos han ofendido con contumelia y que son hombres, perdonamos nuestra ira, siendo también Nos hombre; cuando el Señor del mundo que ha descendido a la tierra y se ha hecho siervo por nosotros, y crucificado por los beneficiados, rogó al Padre por los que le crucificaban, diciendo: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23,34). ¿Qué tiene de admirable si Nos perdonamos a los consiervos?”

Y que no son una simulación estas palabras lo demostraron ciertamente la restantes obras, y no menos que ellas lo que ahora os he de contar.

Pues a este mismo sacerdote (el obispo), que deseaba celebrar esta solemnidad en su compañía, obligole a salir aun contra su deseo y a presentarse a los ciudadanos. Porque dijo: sé que sus ánimos están ahora consternados y que aún quedan muchas otras calamidades; id, consoladlos. Si vieren al capitán de navío, ya no se acordarán de la tempestad pasada, sino que borrarán toda memoria de tristeza. Mas cuando el Pontífice insistió pidiéndole que mandase a su hijo, queriendo él demostrarle que en su mente había apagado completamente la ira, díjole: Orad que se quiten estos estorbos; que se acaben estas guerras, y en persona iré Yo ciertamente.

¿Puede haber alma más benigna que aquélla? En adelante, confúndanse los gentiles, o más bien, no sean confundidos, sino instaurados, y dejando el mundo suyo propio, vengán a poder del Cristianismo, enseñados por el Emperador y por el Pontífice en nuestra filosofía.

Pero no paró con esto el piísimo Emperador, sino que después que el obispo salió de la ciudad y atravesó el mar, mandole unos emisarios para preguntar y cuidar solícito para que no se pasase el tiempo y se disminuyese a la ciudad la satisfacción, celebrando la solemnidad lejos fuera de la ciudad.

¿Qué manso padre tuvo tanto cuidado de los que le inferían una injuria? Diré también otra alabanza del justo. Porque una vez despachado esto, no se apresuró, como otro codicioso de gloria, a llevar él mismo las cartas que disipaban aquella tristeza; sino que como iba más despacio, pidió a otro acostumbrado a correr velozmente a caballo que se le adelantase y llevase a la ciudad las buenas nuevas, para que no se prolongase la tristeza por la tardanza de su regreso. Que lo

que él buscaba sólo era, no el venir él mismo trayendo estas buenas nuevas llenas de mucho placer, sino el que la patria más pronto respirase.

LECTISTERNIOS ⁸ EN LAS COSAS ALEGRES. Por tanto, lo que entonces hicisteis coronando la plaza y encendiendo luminarias, colocando lechos delante de las tiendas y, como si se tratase de una ciudad recién nacida, celebrando la fiesta, haced esto de otra manera en todo tiempo, coronándoos no con flores, sino con virtudes, encendiendo lumbre en vuestra alma por las obras, viviendo alegres con alegría espiritual, y no cesemos de dar a Dios gracias por todo esto, no solamente porque ha solucionado lo grave, sino también por haber permitido que se hiciera, confesemos que le debemos mucho, pues por ambas cosas nos ha hermoñado la ciudad. Todas estas cosas según el dicho del Profeta: *De ella hablaréis a vuestros hijos, y vuestros hijos a los hijos suyos, y los hijos de éstos a los que vayan viniendo* (JOEL 1,3), para que todos los que han de vivir hasta la consumación, aprendiendo la humanidad de Dios manifestada a la ciudad, nos tengan por dichosos en verdad por haber alcanzado tanta benevolencia; y admiren al Señor nuestro, que volvió a levantar la ciudad así caída; y sean ganados también ellos, y se vean impelidos hacia la piedad por los ejemplos de hechos tales, porque no a nosotros tan sólo, si siempre los recordamos, sino también a los posteriores podrá ayudar muchísimo la narración de los que nos sucedieron.

Pensando todo esto, no tan sólo por la solución de las cosas graves, sino también por haberlas permitido, demos siempre gracias a Dios clementísimo, tanto de las sagradas Escrituras, como de lo que nos ha sucedido, enseñados de que El, para provecho nuestro, dispone todas las cosas con la benignidad que con El dice bien, de la cual disfrutemos siempre y nos acontezca el conseguir también el reino de los cielos, en Jesucristo Nuestro Señor, quien tiene la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén.

8. Lectisternio=banquete en las fiestas culturales (LITTRÉ).

INDICE

HOMILIA X

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía X	3
1. Congratúlase con los oyentes porque han obedecido sus advertencias.—Es lícito oír la palabra divina aun después de haber comido el alimento corporal.—No es ignominioso comer, lo es el privarse por ello de las solemnidades de los fieles, aunque es mejor acudir ayuno.—Vale más oír la palabra de Dios que ayunar.—Hermosa enumeración y antítesis.	
2. Agradecimiento y paga del servicio.—Repetición resumida de cosas antedichas.—Del orden, disposición, hermosura y grandeza del mundo.—La providencia de Dios demostrada por el cuerpo humano.—El mundo no puede subsistir sin la providencia de Dios.	
3. Sigue la demostración, por ejemplos.—Objetan los gentiles: respuesta.—Ni el universo ni el sol son dioses.	
4. Otra respuesta a la objeción: la creación es corruptible.—Aun el sol se eclipsa.—De solo Dios es propio no necesitar.	
5. Prueba por rápida enumeración.—Pablo enseña la verdad de que toda criatura es corruptible.	
6. Exhortación moral.—Glorifiquemos a Dios por la óptima conversación, especialmente absteniéndose de juramentos.—No hay pretexto alguno que alegar.—Por qué insiste sobre este tema.	

HOMILIA XI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XI	16
1. Acción de gracias a Dios por la tranquilidad concedida a la ciudad después de tantos terrores.—Por qué calló algunos días.—Efectos de la tristeza: ejemplos.	
2. Oportunidad actual para decir y oír sermones.—Breve recopilación de lo antedicho otros días.—Contra los Maniqueos.—Objeción y respuesta.—Definición del hombre según los filósofos.—Dios, para quitar la raíz de la soberbia, sabiamente fabricó el cuerpo humano,—y aun en lo que hizo con el alma.	
3. Admira la grandeza del arte divino en formar al hombre.—Sabiduría de Dios en la constitución de los ojos,—en las pupilas, pestañas, cejas,—en la del cerebro;—en la del corazón, de las uñas, de los dedos.	

4. El hombre aventaja a los animales.—Objeción.—Respuesta.—Excelencia del cuerpo humano.—Ayuda universal mutua.—El hombre, señor de todo.
5. Sabiduría de Dios que resplandece en la variedad de árboles y plantas.—Otra objeción y respuesta.—Exhorta a corregir la costumbre del juramento.

HOMILIA XII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XII 27

1. Recomiéndase la memoria de los miedos pasados como despertadora de la gratitud para con Dios.—Provechos de lo sucedido que Dios nos ha buscado.—Nos ha quitado el temor y ha alejado con celeridad el peligro.—Seámosle agradecidos.
2. Recapitulación de las homilías IX, X, XI.—Sigue el discurso sobre el modo de conocer a Dios por medio de la creación.—Dios ha fabricado el mundo para todos.—Nos enseña por los animales.—La hormiga.—La abeja.—Imita a la abeja, no a la araña,—y a otros animales.—Enumeración de los animales que hemos de imitar y de otros que no han de ser imitados.
3. En el mundo nada hay inútil, aunque nos parezca otra cosa,—aunque no lo entendamos.—Fin de Dios al limitar los conocimientos humanos.—Dios inspiró al hombre la ley natural desde un principio.—Qué es ley natural.
4. El conocimiento del derecho natural está infundido por Dios en el hombre.—Ejemplo en Adán, en Caín y Abel.—En los gentiles,—por las leyes y las artes.
5. Siguen los testimonios de Pablo.—Prueba tomada de los castigos de los impíos que obran contra conciencia.—La longanimidad de Dios en castigar invita a penitencia.
6. De los juramentos.—Insiste con vergüenza y con temor.—Símil del prestamista.

HOMILIA XIII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIII 40

1. Acción de gracias a Dios.—De miércoles a miércoles.—Conmemoración de hechos.—Consternación de los Antioquenos durante la inquisición sobre las estatuas derribadas.—Silencio de la multitud puesta en la plaza del juzgado.—Espectáculo miserable.
2. Vanidad de vanidades.—Símil del ave a la que han robado los polluelos.—Si nadie puede librar a un reo en el tribunal humano, ¿quién librá a los reos en el tribunal de Jesucristo?—Y eran juzgados los primates de la ciudad.—Súplicas a Dios, a los Jueces, a todos.—La calamidad gufa hacia la virtud.—Si el temor del infierno nos dominase.
3. Sobre la ley natural moral.—Ley de caridad para con el prójimo.—Hacer lo bueno, huir de lo malo.—Beneficio de la conciencia antecedente.

4. Otros preceptores además de la conciencia.—Contra los juramentos.—Los buenos ejemplos.
5. Razón de cuidar de nuestra enmienda de costumbres.—El magisterio exige solicitud en los discípulos.—Exhortación a las obras buenas.

HOMILIA XIV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIV	50
--	----

1. De los nuevos sobresaltos nos ha consolado Dios,—manifestándonos además su providencia en haberlos permitido.—Lo mismo hizo con Pablo para que de él aprendamos.—Dios nos pone en nuevas pruebas buscando el hacernos más piadosos.
2. Nuevamente contra los juramentos.—La cabeza de Juan Bautista.—El juramento, tanto que se observe, como que se quebrante, hace reos de pena a los que juran.—El que suele jurar, generalmente perjura.—No sólo los perjuros, sino también los que motivan los perjuros, son reos de tal crimen.—Astucia del demonio en los juramentos.—Juramento y perjurio de Saúl.
3. Violación del juramento de Saúl,—por Jonatás.—Ejemplo de Jefté, que sacrificó a su hija por observar un juramento.—Providencia de Dios al no estorbarlo.—De Saúl y Jonatás.
4. Los judíos eran inexpugnables mientras no pecaban: ejemplo de los Madianitas.—Costumbres meretricias.—Saúl no obtiene respuesta del Señor.—Temeridad del nuevo juramento de Saúl.
5. Las suertes.—Jonatás declara y se entrega.—Tercer juramento de Saúl.—El pueblo salva a Jonatás de la muerte.—Juramento del pueblo contrario del que hizo el rey.—Muchos daños de los juramentos.—Perjuros cometidos.
6. Un solo juramento acarreó a los judíos males sin cuento.—El Emperador prohibió a los Antioquenos los baños por castigo.—Si se observa este mandato, que es molesto, ¿por qué no se guarda el de no jurar, que es fácil y provechoso?—Heridas y deshonor que causan los juramentos en las almas.

HOMILIA XV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XV	64
---	----

1. Motivos de tratar de la templanza.—La tribulación maestra de la virtud.—Eficacia del temor.—El temor del infierno ofrece la corona de un reino.—Grandes frutos del temor.
2. Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín.—Daños de los festines.—Provechos de los lutos.—El temor del infierno es bueno.—Caminamos en medio de enemigos resentidos, pero el temor es de gran defensa.—Conócelo.

3. Estemos advertidos.—¿Por qué tantos lazos?—La experiencia, maestra de la cautela.—El lazo más grande, ¿Es la mujer hermosa?; no, sino la mirada lasciva.—De la pobreza.—De las riquezas.—Job: rico y pobre, siempre virtuoso.
4. Deben evitarse las ocasiones;—muchas cosas en sí indiferentes son ocasión de pecados.—Huyendo de los placeres se arrancan de raíz las concupiscencias y vicios.—La petulancia de la lengua.
5. Los juramentos.—Por qué vuelve sobre lo mismo.—La hoz volante.—No conjuremos a los hermanos.—Malicia del juramento en la iglesia,—con la mano en los Evangelios.—Jesucristo manda que de ningún modo se debe jurar.—En todos los negocios miremos al juicio de Dios y no tan sólo a los provechos o inconvenientes actuales.

HOMILIA XVI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVI 76

1. Providencia del Prefecto de Antioquía.—Sentimientos del Santo.—Porque somos hombres hemos de tener serenidad en los peligros.—Ejemplos de serenidad: Job, el Capitán de navío.—Profunda tristeza y vergüenza, originadas de la cobardía de los fieles, que no deja hablar al Santo.
2. Recapitulación.—Ley de Dios es y no de hombres: No jurarás.—Guardémosla por lo menos como guardamos las leyes humanas.
3. Pablo, preso por Jesucristo.—La paciencia en los sufrimientos es más gloriosa que los dones gratuitos.—Las coronas y las cadenas.—Las cadenas de Pablo por doquiera se predicán,—y son gloriosas.
4. Los santos no buscan el verse libres de los perseguidores tanto como el ganarlos para Dios.—Pablo ganó a Festo.—¿Por qué dice “salvo estas cadenas”?—Gloríase Pablo, no de los milagros obrados, sino de las tribulaciones.—Jesucristo, que no engaña, nos ofrece tribulaciones para esta vida, coronas para la venidera.
5. Dios procede con nosotros como los padres con sus hijos.—Con las tribulaciones nos enseña y perfecciona,—y consuela.—Fruto de la sentencia en los hombres y en las mujeres.
6. Moral exhortación a la enmienda.—Ayunar es pasar el tiempo del ayuno con obras buenas.—Ejemplos.—Gozo del bien obrar.—Nadie puede quitárnoslo.—Nada hay comparable al placer de la virtud.—Debemos ser maestros de otros.

HOMILIA XVII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVII 89

1. Alegre acción de gracias por la resolución favorable del asunto de la sedición.—Demos gracias por todo.—Debemos ser cautos en la

- tranquilidad.—Perseverancia en las virtudes.—Los monjes bajan de los montes a Antioquía para impetrar perdón para la ciudad.—Ejemplos admirables de caridad y fortaleza de los monjes.—Palabras de Macedonio monje.
2. Madre admirable de un reo.—Los monjes hicieron más que esta madre.—Todos los filósofos abandonaron la ciudad en la calamidad.—Los ricos y poderosos huyen acobardados, los pobres del yermo se presentan con valor de leones.—Rápida resolución obtenida.—Valentía de los monjes delante de los jueces.—Prudentes palabras.—Salida de los Jueces llevando los memoriales.—Fama recuperada.—Diferencia entre la doctrina moral de los filósofos y de los monjes cristianos.—Grandeza de ánimo de los sacerdotes.
 3. Penas infligidas por el Emperador a los Antioquenos.—La dignidad de Metrópoli trasladada a Laodicea.—Las disposiciones dadas no son para contristar, son de agradecer.—Baños,—dignidad de metrópoli.—La verdadera dignidad de Antioquía.—Aquí los discípulos empezaron a llamarse Cristianos.—Socorrieron a los fieles de Jerusalén.—No admitieron las prácticas de los judaizantes.—La virtud es la honra de los ciudadanos y de la ciudad.—El templo de Jerusalén.—Sodoma y ciudades vecinas.—Abraham.
 4. No es la grandeza, sino la virtud, lo que adorna las ciudades.—Así Antioquía está más virtuosa después de lo pasado.—En el ánimo está la hermosura y fortaleza de la persona.—Compadezcamos y roguemos por los que están en penas.—La compasión caritativa agrada a Dios.

HOMILIA XVIII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVIII 102

1. Motivo de alegría verdadera.—Pusilanimidad de quienes se preocupan de la cuaresma venidera y no disfrutan los bienes de la actual.—De qué manera es provechoso el ayuno.—La buena disposición del alma produce en el ayuno placer puro y continuo.—Es posible vivir siempre alegres.—Todos buscan el placer.—Las riquezas no engendran la alegría.—Es la apreciación de las cosas lo que las hace pequeñas o grandes para nosotros.
2. La buena salud corporal, ¿causa la alegría?—La gloria de los magistrados y reyes no es causa de la alegría.—El temor de Dios es fuente de alegría perpetua.—El varón fiel disfruta de continua alegría.—No puede no estar siempre alegre: aun en la muerte propia,—de los hijos,—en las demás contrariedades.—En la enfermedad.—Los santos se dolían.—La tristeza según Dios es mucho mejor que la alegría mundana.
3. Borra el pecado.—Compasiva tristeza de los pecados.—Los felices según Dios y Jesucristo.—Pablo se alegraba en las tribulaciones.
4. Si quieres alegría, ásete a la virtud, teme sólo a Dios.—Nadie nos hace desgraciados, sino nosotros mismos.—Reprende a los reincidentes desidiosos.—No aguantamos estar sin bañarnos.—Exhortación.

HOMILIA XIX

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIX 115

1. Festividad de los Mártires.—El Santo, por hallarse enfermo, no participó sino espiritualmente.—Se levantó para acudir a la solemnidad de los campesinos.—Excelencias de las costumbres campestres.—Ejercicios agrícolas.—Escuela de fe y de obras virtuosas.—Los rústicos, más sabios que los filósofos antiguos.—Admiremos el alma del labriego.
2. Antítesis de la filosofía gentil y de la cristiana.—Elogio y despedida de los huéspedes campesinos.—De los juramentos.—La hoz volante.—Castigo de Sodoma.
3. Daños de los juramentos.—Jerusalén fue abatida por un solo juramento.—Sedecías, perjuro.—Parábola del águila grande de Ezequiel.—Historia de la toma de Jerusalén y prisión y castigo de Sedecías.
4. Exhortación moral.—Lo que se debe pretender en la sinaxa es el corregir las costumbres.—Maravillosas artes de los charlatanes de circo.—El arte vence las dificultades.—Llega hasta el fin.—Palabras de Cristo sobre los juramentos.

HOMILIA XX

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XX 129

1. El aproximarse el fin del ayuno sea motivo de mayor diligencia en practicar virtudes.—Purifiquemos las conciencias para participar con fruto en la Pascua.—No hay excusa para quien no se enmienda de los pecados.—La debilidad corporal, ¿de qué preceptos nos excusa de observarlos?—No hay pretexto para estar enemistados, rencorosos y para no reconciliarse pronto: lo manda la ley de Dios y lo recordó Jesucristo.—La enemistad es un pecado continuo.—Piensa en las ofensas que tú has hecho contra Dios, y no obstante perdona y disimula tus pecados,—los ocultos,—
2. los públicos.—Las conversaciones están prohibidas en las asambleas eclesiásticas.—Perdona a tu prójimo.—Así se te perdonan tus pecados.—Quien no refrena la ira vive en tormento.
3. Tormento del enemistado en esta vida y en la otra.—La pena humana vence a la ira.—Las penas eternas le persuadirán a perdonar,—a buscar la reconciliación,—a adelantarte a ofrecerla,—a pedirla con insistencia.—Dios no perdona, si no perdonamos.
4. Nadie debe tomarse la venganza por sí mismo.—El que te ofendió tiene dueño, y éste hará justicia, pero tú no eres quien debe tomarla.—No eches imprecaciones en contra de los enemigos.—No alegues que se harán más atrevidos y peores si te adelantas a reconciliarte y si ruegas por ellos.—Dios cuida de castigar provechosamente a los pecadores, aunque les perdonemos nosotros.—Historia de María, la hermana de Moisés.—Otra excusa: pensará que lo hago por miedo.—Me ha inferido tales injurias.

5. Quien esté enemistado, no se acerque a la sagrada mesa.—Ve primero a reconciliarte con tu hermano.—Un solo enemigo tengamos, el diablo.—No se ponga el sol sobre nuestra ira.—Camino de nuestra reconciliación con Dios.
6. Merced prometida a quienes perdonan.—Quien no perdona, la desprecia.—Manera de reconciliarse.—Tú mismo eres el juez de reconciliación.—El siervo que debía cien escudos de oro.—Cuán grande es el premio de la reconciliación.—Los hombres perdonan parte, Dios perdona todo a quien perdona de corazón.—Insiste tú.
7. Yo nada tengo que ver con él, ningún mal le deseo.—Dios manda más que esto.—Lo que haces para comprar un siervo, hazlo para recuperar a un hermano.—Esto hace a Dios propicio.
9. No vayas poco a poco, no lo dejes para mañana.—Castigaré a quien no se haya enmendado,—para que se enmiende y participe de la Pascua.

HOMILIA XXI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XXI 148

1. Motivos de alabar a Dios.—Lo inesperado ha sucedido.—El diablo intentó destruir la ciudad con los crímenes cometidos.—Dios la ha distinguido y esclarecido con la calamidad.—Salida de Flaviano al Emperador.—El Obispo ha logrado su esplendor.
2. El Emperador ha hermoñado su corona.—Comedimento de Flaviano.—Sufrimientos durante el viaje.—En Constantinopla.—Palabras de Teodosio a Flaviano.
3. Discurso de Flaviano al Emperador por los Antioquenos.—Hermosa respuesta de Constantino.—Humanidad de Teodosio.—Carta a los Prefectos.—Pensamientos magníficos de Flaviano sobre las consecuencias de perdonar a la ciudad.—Gloria sin igual para el Emperador,—para el Cristianismo.—No hay peligro de que las otras ciudades se hagan peores, si ésta no fuere castigada.—Temor en que viven los Antioquenos.—El castigar es cosa fácil, el perdonar un Emperador las injurias es cosa del todo singular y que conquista los corazones de los súbditos.—Vuestro ejemplo será regla para los venideros.—Vengo a Vos delegado de la ciudad y primero de Dios.—Perdonad y seréis perdonado.—Si perdonáis a la ciudad, Dios os perdonará vuestras prevaricaciones.—Yo volveré confiado,—si no la perdonáis, no volveré, me iré a otra ciudad.
4. Suave respuesta del Emperador, quien perdona a los Antioquenos.—Emocionado el Emperador.—Últimas palabras del Emperador.—Oblígale a partir para Antioquía a consolarlos.—Promesa de ir personalmente a la ciudad en prueba del perdón.—Envío emisarios para saber que todo en el viaje iba bien.—El Obispo, a su vez, hizo que llegase a la ciudad la buena nueva antes que pudo llegar su persona.—Lectisternios cívicos y espirituales.